


Ferfan

# PACTO EN EL GRAN CANAL

CLARK CARRADOS

# Pacto en el Gran Canal

COLECCIÓN

# E S P A C I O

# Pacto en el Gran Canal

por

**Clark Carrados**

o-O-o

EDICIONES TORAY, S. A.
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

FIDEL INTERNATIONAL
Representantes Exclusivos
En Los Estados Unidos De Norteamérica
Excepto Nueva York (Ciudad) N. Y.
BOX 266
MALIBU, CALIFORNIA - U. S. A.

© Ediciones Toray, S. A. 1958

DEPÓSITO LEGAL B. 6490 - 1958

IMPRESO EN ESPAÑA

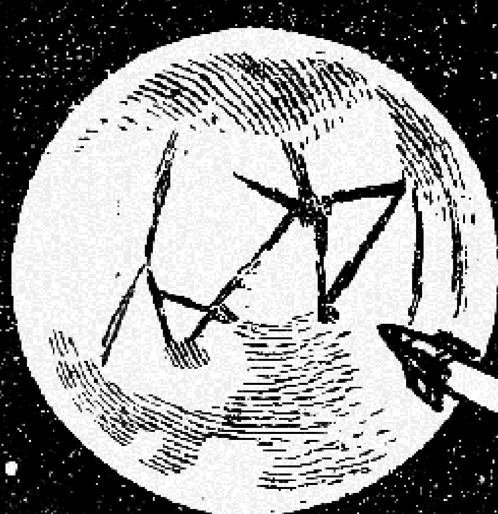
PRINTED IN SPAIN

---

Impreso por Ediciones Toray, S. A. - T. Llorente, 13, Barcelona

# PACTO EN EL GRAN CANAL







## CAPÍTULO PRIMERO

ERA extraño sentir de nuevo la sensación de peso, después de haber vivido con gravedad cero durante más de cien días.

Ello era debido al distante rugido de los motores de la astronave que deceleraba, ajustando su velocidad a la mucho menor de Marte. Cuando, al fin, la nave del espacio y el rojo tercer planeta hubieron equiparado sus órbitas, éste se veía como una docena de veces mayor que la Luna desde la Tierra, y sus diminutos satélites, Fobos y Deimos, brillaban como diminutas estrellas al lado de Marte, fácilmente discerníbles sus movimientos al cabo de tan sólo unos pocos minutos de observación.

En el interior de la nave comandante de la primera expedición astronáutica terrestre, la expectación era enorme. Al fin, el hombre estaba dando cima práctica a uno de sus más seculares sueños: el viaje hasta Marte, el cual se veía cada vez más grande, aumentando de tamaño por momentos y facilitando la observación de los detalles de su superficie incluso a simple vista.

El coronel Sean O'Fallon, jefe de la expedición, no se libraba de aquel lógico nerviosismo que imperaba a bordo de la «Scout». Sus ojos, como los de los demás, contemplaban ávidamente el espectáculo que tenía bajo sus pies, como quien dice, ansioso interiormente por ponerlos en aquel redondo planeta, cuyos misterios, ocultos durante millones de años para los terrestres, iban a ser desvelados al fin.

La expedición estaba compuesta por tres naves, dos de las cuales llevaban la tripulación justa para su maniobra, siendo, en realidad, simples cargueros espaciales que llevaban todo lo necesario para el establecimiento de una base terrestre en Marte. Cada una de las tres naves llevaba a remolque su correspondiente cohete-lanzadera, que serviría para enlazar la base con la estación orbital que se iba a montar en el satélite marciano, y desde la cual se harían las operaciones de descarga hasta que, concluido todo, se iniciase el regreso a la Tierra en la «Scout». En ésta volverían todos, pues habría espacio suficiente, ya que así se había calculado, o bien se quedarían algunos, como una especie de avanzadilla de sucesivas expediciones, si las circunstancias aconsejaban obrar de esta forma. En todo caso, la solución definitiva competía al coronel O'Fallon, jefe absoluto de la expedición, quien tendría que, dictaminar, a la vista de los resultados obtenidos, acerca de la línea de conducta a seguir una vez realizadas las primeras exploraciones.

Desde lejos, Marte había parecido como un disco rojo, tono que se diversificaba en otros varios cuando se estaba cerca de él. Había regiones de color escarlata, algunas amarillas, pero el matiz más predominante era el de ladrillo pulverizado.

Desde la altura en que se hallaban, podían ver que en el hemisferio Sur la primavera estaba notablemente avanzada y que el tamaño del casquete polar disminuía rápidamente, persistiendo no obstante grandes manchones de nieve en los lugares más altos. Entre el polo y el desierto marciano había un cinturón de vegetación, en el cual predominaba un tono verde azulado, pálido, raramente visto en la Tierra.

La «Scout» entraba en la órbita de Deimos a una velocidad relativa inferior a los mil kms/h. Frente a los ventanales de la cabina de mando, abiertos de par en par ahora que se tenía el Sol encima y a la espalda, la pequeña luna marciana mostraba un disco ya visible, y a medida que transcurría el tiempo, tan sólo ya a unos pocos centenares de kilómetros de distancia, parecía, por comparación, tan grande como el planeta.

Sin embargo, el aspecto de uno y otro era radicalmente distinto. En Deimos no había agradables colores rojo y verde, sino solamente un obscuro revoltijo de rocas amontonadas, de montañas que proyectaban sus afiladas agujas hacia las estrellas, en toda clase de ángulos, un mundo diminuto de gravedad prácticamente nula.

Las temibles rocas fueron deslizándose cada vez más cerca, en tanto que la «Scout», por medio de su navegante, tanteaba el terreno, antes de detenerse y lanzar el primer cable de anclaje. Desde el lugar en que se hallaba, el coronel oía perfectamente las voces de los hombres que practicaban la maniobra, haciendo trabajar solamente los chorros secundarios, pues, ya hacía algún tiempo que los principales habían sido reducidos al silencio. Sin embargo, el consumo de combustible era aún muy grande y Sean se estremeció al pensar en ello. Un error de unos pocos kilómetros en las respectivas velocidades y la «Scout» saldría nuevamente lanzada al espacio, con la consiguiente pérdida de tiempo y combustible, ésta infinitamente peor que aquélla, pues ño habría lugar para reponerlo.

De pronto, el silencio se hizo cuando los chorros fueron desprovistos de la energía que los había animado. La «Scout» había aterrizado al fin.

Pero aquella no era más que la penúltima etapa de su viaje. Todavía se hallaban a veinte mil kilometros de distancia de Marte, distancia que era preciso recorrer a bordo del cohete que habían traído adherido a ellos como una lapa. Tendrían que vestirse los

engorrosos espaciotrajes para salir fuera y poder pasar a la cabina del cohete, y luego picar hacia abajo con el fin de buscar el lugar más apropiado para un aterrizaje.

Sean no perdió tiempo en inútiles discusiones. Ya hacía tiempo que tenían planeado todo aquello, y cada uno sabía exactamente el puesto que debían ocupar en la primera oleada de asalto, Caminó hacia la esclusa de salida, al lado de la cual se hallaba la cámara-vestuario, sintiendo interferidos sus movimientos, después de tanto tiempo con gravedad cero, por la acción del pequeñísimo campo gravitatorio de Deimos. La gravedad menos tres de Marte les parecería un suplicio en los primeros momentos, hasta que lograsen acostumbrarse a ella.

Terence Sinclair, periodista, estaba terminándose ya de vestir. (¿A quién diablos se le había ocurrido la idea de mandar un periodista a Marte en la primera expedición? ¿Es que los que iban allí eran analfabetos?).

Minerva Dulles, geólogo, se probaba el casco de vacío, cubriendo sus dorados cabellos en los cuales estallaba una cinta encarnada. (Mujer al fin y al cabo para no ser coqueta). A su lado, Haroldav, Shaffer, y el tercer oficial, capitán Sanders, se vestían apresuradamente. Sanders sería el piloto del cohete.

Terminaron de equiparse, y probaron el suministro de aire de sus escafandras. Ajustaron la frecuencia de los transmisores individuales y luego, a una orden de Sean, pasaron a la esclusa.

El silbido del aire indicó que éste huía del pequeño compartimento, absorbido por las bombas que provocaban el vacío. Pero cuando la compuerta exterior se abrió, algunas moléculas, convertidas en fino vapor por el vacío absoluto, se escaparon fuera rápidamente.

La astronave tenía aspecto de cualquier cosa, menos de lo que realmente era. Un amasijo de tiras y viguetas metálicas, entrecruzadas unas con otras, sosteniendo y apuntalando grandes bombonas metálicas que eran los depósitos de combustible, unidos entre sí por conductos cilindricos, que acababan en otro mayor que era el chorro principal de impulsión en cuyo extremo opuesto se hallaban los potentes motores nucleares que proporcionaban energía a la nave. Y más allá a suficiente distancia para no temer nada de las radiaciones, la esférica cabina donde aquellos seres habían morado tanto tiempo.

Encima de todo este conjunto se hallaba el cohete-lanzadera, brillante, de fino aspecto, sostenido por las varillas de unión que era preciso desconectar para su buena utilización. Y más arriba, aguardando su momento, las otras dos naves, la «Explorer» y la

«Pioneer», aguardaban pacientemente su turno antes de aterrizar en Deimos.

Trepando por entre aquel complicado sistema de viguetas como si fueran arañas, los seis primeros expedicionarios subieron lentamente hasta el cohete, en cuyo interior se metieron, sujetándose a los asientos que allí había. Ninguno hablaba; el momento era demasiado emocionante para que sintieran deseos de echarlo a perder con palabras que no hubieran representado adecuadamente los sentimientos que los dominaban.

El cohete era grande; lo suficiente para llevar en su interior, hacia el centro del fuselaje, un pequeño tractor que les serviría de vehículo en sus exploraciones sobre la superficie de Marte. Aquel oruga, triunfasen o perdiesen, estaba destinado a quedarse para siempre en el planeta. Era fácil de bajar, pues, prácticamente vencido el escasísimo campo gravitatorio de Deimos, no habría más que dejarse caer. Pero volverlo arriba otra vez hubiera consumido una cantidad enorme de combustible que no se podía desperdiciar en modo alguno.

Sanders, el piloto, dio unas breves instrucciones a través de la radio, que todos acataron con religiosa obediencia. Después su mano dio el contacto y empujó ligeramente la palanca de gases.

—Bajaré lo más suavemente que pueda—dijo—, puesto que no hemos tenido gravedad desde hace más de dos meses. No emplearé más que una gravedad terrestre normal, pero incluso esto nos hará, parecer que pesamos una tonelada. ¡Allá vamos!

Se oyó un suave bramido y algo les empujó contra el mullido del asiento. Las rocosas protuberancias de Deimos se hundieron velozmente detrás de ellos. Un segundo brillaron las mayores estructuras de la «Scout» sobre aquel desolado pedrusco y luego se esfumaron. Había bastado para despegarse del satélite una explosión de fuerza que solamente había durado un segundo.

Dada la posición en que se hallaban, llegar a mil kilómetros de distancia de la superficie fue cosa de dos horas. No supieron cuándo Marte dejó de ser un globo rojo que flotaba en el espacio y se convirtió en un paisaje de curvo horizonte, que iba reduciéndose a cada segundo que pasaba. Los desiertos y los lugares con vegetación huían bajo ellos. La Gran Syrte pasó casi antes de ser entrevista por los astronautas.

A cincuenta kilómetros de altura les llegó la indicación de que el aire marciano se espesaba en torno a ellos. Un susurro débil, pero persistente, empezó a llenar con sus sonidos la cabina. La deceleración iba en aumento, a medida que la nave, frenada por la resistencia del aire, reducía su velocidad.

El silbido del aire era tan penetrante que atravesaba las paredes, alcanzando un volumen tal que hubiera impedido la conversación normal si alguno de los ocupantes del cohete se hubiera sentido con ánimos para hablar. Pero todos sus sentidos estaban ocupados en el planeta que por primera vez iba a ser hollado por la planta de alguien que no había nacido en él.

El cohete se convirtió en un planeador de alta velocidad que, no obstante, la perdía por segundos. De pronto alguien lanzó un grito.

—¡Miren! ¡Un canal!

Bajo ellos se divisaba una fina línea oscura, de inacabable longitud, que parecía hendir él planeta en dos partes idénticamente iguales. De rectitud inimaginable, aparecía en un punto del horizonte, exactamente orientado al sur, y desaparecía por el lado opuesto, atravesando valles, montañas y desiertos, sin que ninguno de estos accidentes geográficos fuera obstáculo para alterar el magnífico trazado.

—Luego… hay canales — dijo Sinclair.

—Eso quiere decir que hay vida inteligente en Marte. — comentó Shaffer.

—Es prematura todavía una afirmación de ese calibre— dijo sensatamente el coronel—. Antes de poder decir que hay seres vivientes, inteligentes o no, en Marte, es preciso tener la evidencia absoluta de que, efectivamente, existen. De todas formas… ¡Sanders!

—Diga, señor — contestó el piloto;

—Procure aterrizar lo más cerca posible de esa línea.

—Sí, coronel.

La velocidad del cohete se había reducido ahora a la de un avión normal. La tierra se acercaba rápidamente y, a cada instante que transcurría, eran más fáciles de advertir los detalles de la superficie. Súbitamente, Sinclair, que estaba mirando con unos prismáticos de construcción especial para poder utilizarlos con escafandra, lanzó una exclamación.

—¿Qué ocurre? — preguntó Sean.

—Allí'—dijo el periodista, muy conturbado—. Mire, coronel, y dígame si ve lo mismo que yo.

A unos dos kilómetros de la hendidura que habían llamado canal se divisaba un amontonamiento rocoso, en medio de un extenso arenal, en forma de circo o anfiteatro, cuyas cimas estaban redondeadas por la implacable acción erosiva de los vientos que movían las partículas arenosas casi incesantemente. Sean alcanzó a

ver, durante unos segundos, una pequeña nubecilla de polvo, que seguía a un diminuto punto negro que corría velozmente hacia aquellas rocas y que desapareció apenas entrevisto.

—¿Qué opina usted de eso, coronel? — inquirió Sinclair.

—No he tenido tiempo apenas de verlo. Me pareció como si hubiera sido un remolino de arena provocado por el encontronazo de dos corrientes opuestas de viento.

—Pero los remolinos no llevan en su interior cosas negras que corren como un coche de carreras.

—¿Está sugiriendo que es un vehículo con marcianos?— preguntó la geólogo; silenciosa hasta entonces.

Sinclair se frotó la mandíbula.

—No lo sé… pero viento y arena solos no eran. Allí había algo que…

Sinclair calló, temeroso de haber sufrido una ilusión óptica. Pero advirtió que el coronel O'Fallon también era partícipe de su preocupación.

Un cuarto de hora más tarde las ruedas del cohete hacían rechinar la arena marciana. El aparato botó dos o tres veces con relativa suavidad, corrió luego durante unos centenares de metros y al fin se detuvo.

El silbido de los chorros se apagó definitivamente, provocando un silencio en la cabina que no duró mucho, sin embargo.

—Ya hemos llegado— dijo Minerva, muy bajito, como si temiera romper el encanto de aquellos instantes.

—Sí — repuso el coronel. Se quitó los atalajes y se puso en pie.

—Debemos sustituir — dijo —los trajes del espacio por las ropas apropiadas para circular por este planeta. No se olviden de colocarse las mascarillas de oxígeno; recuerden que aquí la presión atmosférica es inferior a la que hay en la cima del Everest.

Ei cambio fue realizado en pocos minutos. Vistieron ropas de abrigo y cuando todos estuvieron listos Sanders abrió la portezuela, arrojando una escala de gato fuera,

Se echó a un lado, extendiendo la mano.

—Coronel…

O'Fallon sonrió.

—Gracias, Sanders — y se descolgó por la escala. Pero la impaciencia le hizo saltar antes de concluir los oscilantes peldaños.

Uno tras otro, los expedicionarios fueron pisando el suelo de Marte. El aire era débil, tenue y provocaba un ligero escozor en la

piel. Soplaba con rachas irregulares, que provocaban alternativas en la temperatura ambiental.

Durante unos momentos todos permanecieron inmóviles en aquel lugar, bajo la panza del cohete, escrutando el terreno que les rodeaba, todo él de color ocre fuerte, tirando a rojo. A lo lejos, la arena era removida en ocasiones por algunas ráfagas de viento, y a unos dos kilómetros de distancia los aserrados dientes del amontonamiento rocoso que habían divisado desde arriba cortaban el horizonte de una forma brusca, por completo distinta a las suaves ondulaciones que parecían constituir la tónica general del paisaje marciano.

La voz de Sinclair que, atento a su misión, había descendido con sus transmisores, rompió el silencio. Radiaba a la Tierra el momento de la llegada, sin importársele un ardite el hecho de que sus palabras, retransmitidas por la estación de la «Scout», tardasen más de treinta minutos en llegar a su destino.

Sean, en tanto que el periodista continuaba hablando, dio unas órdenes.

—Sanders, encargúese de hacer descender el oruga. Harolday y Shaffer irán a ver qué hay detrás de aquellas rocas. Acaso, como están formadas en círculo, pudieran servirnos para establecer la primera etapa de nuestra base.

—¿Y yo?—preguntó Minerva.

Sean estudió aquellos ojos azules que sobresalían de la máscara de oxígeno y que le miraban especulativamente. Sonrió bajo la suya.

—¿Quiere acompañarme a ver el Gran Canal?

Sinclair quedó allí, después de haber cortado la transmisión, ayudando a Sanders en la maniobra de bajar el tractor. La pareja, sintiendo sus miembros como si fueran de plomo, hasta tanto no se acostumbrasen al tercio de gravedad marciana, caminó hacia la hendidura que se divisaba a corta distancia del punto en que habían aterrizado.

Llegaron al borde en menos de cinco minutos. Una vez allí se detuvieron, silenciosos, atónitos.

¡Era un canal, sí! Era un canal, pero de dimensiones gigantescas, colosales, con una profundidad de veinte o veinticinco metros, por doscientos al menos de anchura. Las paredes, muy inclinadas, parecían estar hechas de piedra, pero de una piedra desconocida en la Tierra, en tanto que en el fondo, absolutamente liso y plano, abundaban los montones de arena traída hasta allí por el viento que había soplado durante largos siglos. ¡Y había agua!

No era una cantidad exorbitante, puesto que apenas si se veían unos hilillos de dicho líquido serpenteando caprichosamente entre los montículos de arena del fondo. Pero Sean supo que aquel canal no tardaría en estar lleno de agua, cuando el deshielo de las nieves polares hubiera llegado a su colmo. Entonces el agua circularía por allí... ¿hacia donde?

La vista del coronel siguió instintivamente la dirección N. del canal, viendo a éste perderse en el horizonte, estrechándose sus bordes hasta desaparecer totalmente, sin que la rectitud de su trazado se alterase un metro tan sólo. El canal atravesaba limpiamente toda clase de elevaciones y depresiones sin que ninguno de estos accidentes pareciera afectarle.

— ¡Dios mío!—exclamó Minerva—. ¡Qué obra de ingeniería tan colosal! ¿Qué seres tan inteligentes y tan audaces fueron los que construyeron este canal?

Sean no pudo dar su respuesta, porque en aquel momento una detonación resonó en la clara, trasparente atmósfera marciana.

## CAPÍTULO II

LA detonación se repitió.

En aquella atmósfera de tan escasa densidad los sonidos quedaban un tanto distorsionados y habría de pasar algún tiempo antes de que los expedicionarios pudieran acostumbrar sus tímpanos a las nuevas vibraciones. Más, a pesar de todo, el estampido del rifle no podía confundirse de ninguna manera con ningún otro sonido.

Sean y Minerva volvieron sus ojos hacia el lugar, de donde habían partido los disparos. Al pie del cohete, a unos trescientos metros de distancia, el periodista y Sanders les hacían frenéticas señas con los brazos.

—¿Qué ocurrirá?—inquirió la joven.

—-Podemos salir de dudas yendo hasta allá —contestó el coronel, tomando él brazo de la joven y echando a correr.

Facilitada su locomoción por la escasa gravedad marciana, llegaron en pocos minutos al lugar donde se hallaba él cohete. Sanders, visiblemente excitado, les salió al encuentro.

—Haroldday y Shaffer deben hallarse en un mal paso, coronel —dijo casi a gritos.

—¿Cómo lo sabe?,— preguntó Sean, mirando instintivamente hacia la cresteria rocosa que rompía el horizonte a dos mil metros de distancia.

—Nos llamaron por la radio, pero su llamada se cortó bruscamente. No quise tomar una determinación sin contar con usted...

—Hizo usted bien, Sanders—decretó Sean. Luego preguntó—: ¿Está listo el tractor?

El piloto asintió.

—Muy bien, pues. Déme su rifle; nosotros iremos a investigar lo qué les ha ocurrido. Usted, Sanders, quedará al pie del cohete, listo para despegar si fuera necesario.

—Sí, señor.

El coronel, Minerva y el periodista saltaron a la cabina del tractor, que se puso inmediatamente en marcha. El arenoso suelo, relativamente llano, facilitaba el camino, y asi en pocos momentos llegaron al pie de la fila de rocosas colinas, cuya forma aproximadamente circular era ahora mucho más fácilmente perceptible.

Las rocas estaban muy desgastadas por la incesante erosión eólica que habían sufrido durante cientos de siglos, alzándose algunas de sus agujas, de romas extremidades, a dos o tres centenares de metros sobre el nivel general de la llanura circundante. El color rojo predominaba sobre todo los demás, apenas aliviada su monotonía por algunos trazos ocres o grisáceos,

Casi frente al punto donde se detuviera el cohete al aterrizar se divisaba una solución de continuidad en el muro rocoso, una angosta brecha en forma de cañón o barranco, de pocos, metros de anchura en su base y apenas cincuenta en la parte alta. El cañón no seguía la línea recta sino que, a pocos pasos de la entrada, doblaba en ángulo recto hacia la derecha, impidiendo con ello la visión de su parte final.

Sean detuvo el oruga a la entrada del barranco. Saltó fuera y alargó sus manos para que Minerva pudiera descender. El periodista lo hizo a continuación y el coronel, se pudo dar cuenta de que Sinclair llevaba una cámara fotográfica dotada de «flash» gigante en bandolera. Sin embargo, no hizo el menor comentario acerca de ello.

En cambio, justificó la detención.

—¡No quiero arriesgar el vehículo metiéndolo, ahí dentro. No sabemos qué peligros pueden acecharnos y conviene guardar un máximo de precauciones.

Sinclair agitó la cabeza.

—¿Cree usted que nos encontraremos con alguna forma de vida aquí, coronel?

—¿Quién puede predecirlo; Sinclair? No soy de los intransigentes que sostienen contra viento y marea que la Tierra es el único planeta habitado del Universo. ¿Por qué no han de existir mundos con vida, aunque ésta no tenga las formas que estamos acostumbrados a ver?

Sinclair asintió. Mientras, Sean había repasado, el rifle, un Magnum Mil, capaz de volar la cabeza de una ballena con un solo proyectil, y hallándolo en regla dijo:

—Vamos a entrar ahí. Yo iré en cabeza.

Echaron a andar, introduciéndose en el estrechó barranco, cuyas paredes devolvían opacamente el ruido de sus pisadas. Una docena de metros más allí doblaron hacia la derecha y entonces fue cuando vieron un cuerpo humano tendido en el suelo.

Minerva gritó agudamente, sin poderse contener. Sinclair, sin perder su sangre fría, disparó una placa, proyectando, a pesar de ser de día, duras sombras grises contra los muros del barranco.

O’Fallon se acercó en dos saltos al caído, inclinándose sobre él. Un breve examen le convenció de que el hombre vivía aún.

Shaffer, al sentirse rodeado, abrió los ojos. Una espumilla roja asomó en sus labios cuando dejaron escapar unas palabras apenas inteligibles.

— ¡Allí… allí…!—-Jadeó el herido—, Harolday… la bestia… muer… to…— y apenas había terminado de hablar cuando dobló la cabeza a un lado.

Sean O’Fallon se alarmó y buscó el pecho de Shaffer. Halló que los latidos de su corazón eran relativamente normales y que, aparte del desvanecimiento, el hombre no parecía haber padecido lesión grave alguna.

Shaffer recobró el conocimiento bien pronto. Abrió los ojos por segunda vez.

—¡Uf, cómo duele!… — se quejó.

—Pero, bueno, ¿puede saberse qué es lo que les ha ocurrido? — preguntó el periodista.

Sean cogió al herido por bajo de las axilas, arrastrándolo hacia el muro más próximo, dejándolo allí apoyado para su mayor comodidad.

—¿Puede hablar, Shaffer? — preguntó el coronel O’Fallon.

El interpelado asintió.

—Fue… algo horrible, coronel… El animal nos salió al paso… antes siquiera de que tuviéramos tiempo de largarnos… Harolday tuvo mala suerte. Lo aplastó en un instante, de un solo golpe… Yo eché a correr; estaba asustado, aterrorizado, compréndanlo… Algo me golpeó la espalda con terrible fuerza… No sé cómo tuve ánimos siquiera para huir y llegar hasta aquí…

—Afortunadamente, no tiene estropeado el aparato suministrador de oxigeno — comeñtó Minerva Dalles.

Pero el coronel parecía conturbado por la noticia que acababa de escuchar.

—¿Animales aquí… en esta tierra tan inhóspita… donde no podría vivir ni una serpiente de cascabel? — soliloquió.

—Recuerde, coronel, lo que usted mismo dijo hace tan sólo unos momentos — objetó Sinclair—-. La vida animal, inteligente o no, no es patrimonio único de la Tierra.

—Hasta ahora es solamente una teoría. Sinclair.

—Que el propio Shaffer se ha encargado de desmentir… ¡Oiga, coronel! — exclamó súbitamente el periodista.

—¿Qué le ocurre?

—¿Recuerda ahora aquel puntito negro que vimos desde el cohete antes de aterrizar? Parecía como si fuera un animal que corriera levantando con sus pisadas una gran nube de polvo, cosa, por otra parte, muy lógica dada la naturaleza del terreno.

Puesto que no podía frotarse la mandíbula a causa de la máscara de oxígeno, Sean se rascó la nuca.

—Acaso tenga usted razón, Terence —. Calló un segundo y luego añadió —: De todas formas, será mejor que vayamos a ver lo ocurrido. Shaffer, ¿está seguro de que Harolday ha muerto?

El herido asintió.

—No cabe la menor duda. La fiera le plantó una pata encima y...

Minerva tragó saliva,

—No siga, por favor — dijo, sintiéndose repentinamente indispuesta.

—Está bien — dijo el coronel—; voy a ver lo que ha ocurrido.

—Yo voy con usted, O'Fallon—-dijo el periodista.

Minerva dio un paso hacia adelante.

—Y yo también.

O'Fallon frunció el entrecejo.

—¡Muy bonito!—exclamó, visiblemente enojado—. ¿Y el herido?

Pero el propio Shaffer fue el que los sacó de dudas, poniéndose sorprendentemente en pie.

—Iré yo también con ustedes, coronel. Me duele mucho la espalda, pero salvo eso creo que tengo los huesos sanos.

O'Fallon asintió a regañadientes. Volvió la espalda y emprendió la marcha, seguido por sus compañeros de expedición.

A los veinte metros el cañón doblaba hacia la izquierda, permitiendo ver su final, a no mucha distancia, la cual fue recorrida en breves momentos. Un minuto más tarde y de modo casi repentino los cuatro terrestres salieron fuera del barranco.

Ante ellos se extendía una gran plaza o anfiteatro, de forma casi circular y de unos trescientos metros de eje, aproximadamente. Todo el anfiteatro estaba rodeado por el muro rocoso y, salvo el cañón por el que acababan de llegar, no parecía tener otra entrada, únicamente en la parte opuesta se veía una pequeña falla que rompía la norma general del muro, como formando un plano de notable inclinación sin embargo.

Un repentino grito de Minerva llamó la atención de todos.

—¡Miren! ¡Allí!

Sean miró en la dirección de la mano de la joven y no pudo contener un estremecimiento de espanto al adivinar el motivo de las exclamaciones de Minerva. Por su parte, Sinclair, aun lamentando lo ocurrido, conservaba su calma y disparó una segunda placa,

A menos de cincuenta metros de distancia un bulto informe yacía en medio de un gran manchón de sangre, la cual, empapando la arena del interior del anfiteatro, había tomado ya un siniestro color oscuro. No era necesario mirar mucho más para saber que se trataba del cadáver del infortunado Haroldaу.

Los cuatro expedicionarios corrieron hacia allí, deteniéndose al lado del cadáver. Efectivamente, era Harolday, pero ¡en qué estado!

Desgarrado su cuerpo, destrozado, roto el aparato de oxígeno y la máscara, su organismo estaba convertido, en fin, en una sangrienta e irreconocible pulpa.

— ¡Santo Cielo!—exclamó el coronel en voz baja, terriblemente impresionado a su pesar— ¿Qué bestia de apocalipsis habrá sido capaz de causar tamaña carnicería?

Nadie supo dar respuesta a la pregunta. Después de unos momentos de silencio, O’Fallon dijo:

—Ya no podemos hacer nada por él, como no sea enterrarlo inmediatamente. ¡Sinclair!

—Diga, coronel.

—Tome unas cuantas fotografías del muerto. Las necesarias para la inevitable encuesta que será necesario hacer más adelante.

El periodista asintió. Disparó varias veces su «flash» y de pronto llamó:

— ¡Coronel! ¿Quiere venir un momento?

Sean asintió, yendo al lado del periodista. Éste le señaló unas huellas que se dibujaban nítidamente en la arena, en derredor del cadáver de Harolday.

—¿Qué le sugiere eso, coronel?

Sean vaciló unos segundos antes de dar una respuesta.

—Si no fuera porque podría parecer una broma irrespetuosa, en presencia un cadaver de Harolday, diría que se trata del abominahie hombre... de Marte, Sinclair.

—No se trata de un hombre, sino de una fiera —gruño el periodista.

.—En mi vida no he visto nada parecido — mascullό, muy fastidiado, O’Fallon.

La voz aflautada de Minerva terció entonces.

—Yo... yo... sssii...-—tartamudeó la muchacha, sin que sus acompañantes, absortos en la contemplación de aquellas horrendas marcas, se dieran cuenta de que tenía el rostro vuelto hacia otro lado. —¿Donde ha visto usted el dragón que ha producido estas muertes? — inquirió, sarcástico, el coronel—, ¿Acaso en un «film» de Walt Disney?

Levantó su rostro, viendo el de la joven blanco como el yeso. Minerva continuaba en sus balbuceos.

—No... no en la Ti... Tierra... sino... sino detrás de... de usted, coronel...

OFallon se volvió de un salto, comprendiendo instantáneamente la causa de los titubeos y vacilaciones de su femenino geólogo.

## CAPÍTULO III

EN el primer instante Sean creyó que soñaba.

Minerva tenía razón: la fiera estaba allí.

Era un enorme animal, de unos veinticinco metros de la cabeza a la cola, de una altura de ocho o nueve desde el suelo al lomo, con un cuello larguisimo, a cuyo final había una cabeza relativamente pequeña, pero dotada de un par de ojos de casi medio metro de diámetro, completamente esféricos, los cuales, desde una distancia de cien metros, contemplaban con maligna expresión a los cuatro pigmeos que eran los seres venidos allí desde otro mundo.

El terrible aspecto del antediluviano animal estaba completado por una serie de pétreas escamas que, comenzándole inmediatamente en la cabeza, seguían a lo largo del cuello, bifurcándose en el lomo en dos hileras de tamaño mayor, ascendente, que luego disminuían de modo gradual hasta desaparecer en la larga cola que azotaba pesadamente el suelo, despidiendo espesas nubes de rojizo polvo.

Sean comprendió las causas de que la bestia les hubiera pasado inadvertida. Había estado escondida en una anfractuosidad de las rocas, situada a la izquierda del barranco de entrada, y luego, como si poseyera una inteligencia superior a la de un animal, había aparecido en silencio, cortándoles la retirada al colocarse a la entrada del cañón de acceso al anfiteatro.

A Sean y a sus compañeros aquel fabuloso animal les recordó algunos que habían visto en los Museos de Historia Natural de su planeta, pero no pudieron extenderse en consideración ni comentario alguno. Emitiendo un penetrante rugido, mitad trueno, mitad trompetazo de discordantes tonos, la bestia se puso en movimiento.

Sean se descolgó del hombro el pesado Magnum Mil, observando al mismo tiempo que el animal parecía cojear de una de sus patas delanteras.

La enfurecida bestia cargó sobre ellos.

— ¡Dispersaos, rápido! —gritó el coronel—. ¡Nos va la vida en ello!

El mismo tomó de la mano a Minerva, apartándose de la trayectoria de la fiera. Sinclair disparó una placa y luego, en unión de Shaffer, echó también a correr.

Eran impresionantes los rugidos que brotaban de aquella

garganta que, a pesar de su aparente delgadez, tendría fácilmente metro y medio de espesor. El suelo tembló con el galope del monstruo.

En el primer momento consiguieron esquivar la arremetida del animal. Éste, lanzado a toda velocidad, resoplando con un estruendo semejante al de doce locomotoras de vapor juntas, pasó a cortísima distancia de ellos, golpeándoles la espalda con su fétido aliento. Sinclair y el otro consiguieron también, corriendo desesperadamente, evitar un golpe, que sería mortífero, de la bestia.

Por un instante, Sean comparó lo que estaban siendo protagonistas a una original y nunca vista corrida de toros, pero desechó, disgustado, la idea. En la fiesta española, el matador tenía todas, o casi todas, las probabilidades de victoria a su favor. Aquí era todo lo contrario: la «chance», a pesar de su pata lesionada, favorecía a la casi mitológica bestia, cuya fenomenal resistencia al cansancio era una no menos importante baza en aquel trágico juego cuya puesta era la propia vida.

Viéndose relativamente seguro, O'Fallon tomó puntería y disparó.

La bala deshizo literalmente una de las placas óseas del lomo del animal, que voló en mil pedazos. Éste, como si hubiera sentido el impacto, lanzó un tronido aterrador, mezclado con el estampido del segundo disparo.

Un ancho boquete apareció en el costado del monstruo, quien, sintiéndose ahora herido, detuvo en seco su velocísima marcha, al mismo tiempo que azotaba el suelo con su pesada cola, levantando una espesa polvareda que dificultaba la visión. No obstante el arroyo de roja sangre que corría por el costado herido, la bestia no parecía haber sufrido merma alguna en su tremenda potencialidad.

Sus enormes ojos lanzaron agudos destellos da ira. O'Fallon, sin cesar de retroceder, vigilando atentamente al mismo tiempo que cubría con su cuerpo el de la joven, tomó puntería nuevamente.

Pero la bala, bien dirigida a una de las pupilas del monstruo, no halló su blanco, porque éste, en un inesperado movimiento, había agitado violentamente la cabeza, y así el proyectil se perdió en el vacío, estrellándose contra las rocas situadas en el lado opuesto.

El animal, como si dispusiera de una sutil inteligencia, impropia de su enorme corpachón, se había colocado entre los terrestres y el angosto cañón de la entrada, impidiéndoles de esta manera la huida. Sean, dándose cuenta del detalle, lanzó una imprecación al mismo tiempo que introducía un nuevo proyectil en la recámara del Magmim.

La fiera agitó un instante la cola en el aire, golpeando luego con la misma el suelo, haciéndolo trepidar. Tensó sus patas traseras y saltó hacia adelante.

Sean soltó una nueva bala, que no causó el menor daño al animal, dado que impacto lateralmente, rebotando en la gruesa piel, sin conseguir detener su velocísima marcha. Con los ojos desorbitados por el horror. O'Fallon y Minerva, incapaces ya de hacer el menor movimiento que los condujera a la salvación, presenciaron, petrificados por el espanto, el furibundo galope del animal. Cuando éste concluyera, sus cuerpos no serían más que dos masas sanguinolentas, aplastados los músculos y visceras, quebrados los huesos, al igual que antes le había ocurrido al desgraciado Harolday,

Pero, cuando tanto el uno como la otra se despedían ya de la vida, algo ocurrió de manera inesperada, que hizo cambiar totalmente el signo de la decoración, hasta entonces tan desfavorable para ellos.

Ya empezaba a oscurecer, y aparte de que la luz que les llegaba del Sol, en iguales condiciones, era menor que la que recibía la Tierra, Sinclair, a pesar del tremendo aprieto en que se hallaban, no se había olvidado de su condición de periodista. Aprovechando, pues, el momentáneo respiro que tanto a él como a Sanders les daba la fiera, alzó el visor de la cámara hasta su ojo derecho, tomando una instantánea del animal, cargando a toda la velocidad que le permitían sus pesadísimas garras.

La lámpara que destelló era del tipo solar: capaz de tomar instantáneas en colores naturales y en cualquier escenario, por grande que fuera el tamaño de éste. Su luz, un fugacísimo relámpago, de tremenda Intensidad y apenas una centésima de segundo de duración, iluminó como si fuera de día terrestre todo el anfiteatro.

El monstruo, asustado o impresionado por el estallido de luz, se detuvo un instante.

Sean aprovechó aquel breve momento para salir de la atonía en que habían caído, tomando el brazo de Minerva y echando a correr con ella a toda la velocidad que les permitían sus piernas y el tercio de gravedad marciana.

El monstruo lanzó un berrido atronador, al mismo tiempo que sacudía la cabeza amenazadoramente. Sinclair, envalentonado por el éxito de su estratagema, disparó de nuevo el «flash», haciendo retroceder al animal, quien agitaba la cola nerviosamente.

— ¡Tenga cuidado! — gritó Sean, advirtiendo que el

periodista, de modo harto imprudente, avanzaba unos pasos, a fin de buscar un mejor ángulo para sus fotografías.

Una tercera llamarada brotó de la pantalla del «flash» y aquello obró como un revulsivo en el cerebro de la fiera porque ésta, de modo bien inesperado por cierto, saltó hacia adelante.

Sean largó un nuevo disparo, sin consecuencias, al mismo tiempo que el periodista, dando por concluida su sesión de valentía, echaba a correr. Pero en el momento en qué lo hacía, su pie tropezó con una piedra.

La cámara le voló por los aires cuando, instintivamente, buscando un asidero al cual agarrarse, la soltó. Sinclair cayó de bruces, pero sintiendo en sus espaldas el fragor del galope del monstruo, se levantó más que a prisa, huyendo con grandes saltos, que hubiera inspirado hilaridad de no ser por el trágico momento que atravesaban.

Sinclair, huyendo por salvar su vida, se había olvidado de un detalle importantísimo: su cámara, la cual fue reducida al estado de polvo por un pisotón de la fiera, la cual, de repente, se detuvo.

El animal agitó su grueso cuello unos momentos, al mismo tiempo que emitía unos atronadores berridos que estremecían la atmósfera. Después, y acaso considerando en su instinto que aquellos seres tan diminutos podían resultar altamente peligrosos para él, volvió grupas y se alejó trotando de aquel lugar en dirección opuesta a la entrada.

Llegó al pie del muro rocoso, a trescientos metros de distancia, y aprovechando aquel trozo que rompía la línea vertical del anfiteatro, trepó por él con cierta agilidad, desapareciendo de la vista de los terrestres en contados segundos.

A pesar de la baja temperatura reinante, varios grados bajo cero. O'Fallon sintió que el sudor le corría abundante por el rostro. Se pasó la manga por la frente, emitiendo un suspiro de alivio.

—¡Uf! ¡Cielos! No hubiera pagado un centavo por mi vida. ¿Qué es lo que habrá asustado a esa fiera?

—No me importa —dijo Minerva, muy pálida todavía —. El caso es que se ha, ido y eso, para mí, es más que suficiente...

Las palabras de la joven fueron interrumpidas súbitamente por un agudo grito. El coronel y Minerva miraron hacia el lugar de donde había brotado aquel alarido,

Terence Sinclair, al borde del colapso, se mesaba los cabellos con desesperación incontenible.

— ¡Mi cámara! ¡Mi «flash»! ¡Mis fotografías! ¡Las más

sensacionales de toda la historia de la Humanidad!

Salvados de aquel terrible peligro, tanto O'Fallon como la joven y el piloto, hubieron de prorrumpir en una rotunda carcajada al ver el frenético desespero del periodista. Sean se acercó a él y le palmeó las espaldas.

—Bueno, bueno, Terence — dijo—, no hay por qué gemir tanto. A fin de cuentas, ¡qué demonios!, hemos salvado el pellejo. El pobre Harolday no puede decir lo mismo, precisamente.

Sinclair soltó un bufido, al mismo tiempo que, inclinándose, tomaba los restos de su cámara, comprobando que, efectivamente, estaba totalmente aplastada, sin que jamás pudiera servir ya para otra cosa que no fuera la chatarra. Preso de un violento acceso de cólera, la arrojó al suelo, pegándola luego un fuerte puntapié que la arrojó a varios metros de distancia.

— ¡Maldito diplodocus! — estalló—. Cualquiera les hacs creer luego a mis lectores después que esto nos ha pasado en realidad.

—Estamos aquí nosotros para atestiguarlo — dijo el coronel.

—Es lo mismo — masculló entre dientes el periodista— Aducirán que unos y otros nos hemos puesto de acuerdo para largarles el cuento.

—Pues que piensen lo que quieran —dijo de mal humor O'Fallon —. La muerte del pobre Harolday es algo incontrovertible y que no admite la menor discusión.

—Si le parece, señor — dijo Shaffer, quien, sintiendo aún los dolores del golpe recibido en el primer encuentro con la fiera, tenía una mano apoyada en el costado— comunicaré a la «Scout» por radio lo ocurrido. Afortunadamente, el transmisor individual que trajimos el pobre Harolday y yo está todavía intacto.

—Sí — contestó Sean después de breve meditación —. Pero, de momento, no les diga otra cosa sino que Harolday sufrió un accidente. Los detalles irán más tarde.

—Como guste, coronel — asintió Sanders, comenzando la transmisión.

Mientras tanto, O'Fallon contemplaba el cadáver de Harolday, todavía en el mismo sitio donde cayera.

—Sinclair—dijo—, de momento, y hasta que lo hagamos de una manera definitiva, cubriremos de piedras el cuerpo de Harolday. No sabemos si, además de estas bestias gigantes, hay otras de menor tamaño, y no tengo el menor deseo de que el cadáver de ese infeliz sea profanado.

El periodista parecía haberse resignado ya a la pérdida de su cámara. Movió la cabeza afirmativamente.

—De acuerdo, O'Fallon — dijo, y sin más, empezó a transportar grandes trozos de piedras, con los cuales, y en pocos minutos, cubrieron los destrozados restos del auxiliar.

El crepúsculo marciano iba acentuándose por momentos, arrojando largas sombras sobre el paisaje, al mismo tiempo que el color rojizo predominante en aquel lugar adquiría un melancólico tinte violeta. Durante unos momentos, las cuatro personas permanecieron en pie al lado de aquel montículo de piedras que era la tumba de Haroldday, moviendo suavemente sus labios en una oración por el alma de aquel desdichado.

El tétrico silencio fue roto por la voz de O'Fallon quien, sin elevar apenas el tono, murmuró:

—Apenas llevamos dos horas en este planeta, y ya hemos de lamentar la muerte de uno de nosotros. Que el Señor le dé el descanso eterno que todos ambicionamos alcanzar para cuando nos llegue la hora.

— ¡Amén!—musitó Minerva, notando que una lágrima resbalaba por sus mejillas.

Al cabo de unos momentos, Sinclair preguntó:

—¿Por dónde entraría la fiera aquí?

—Seguramente por el mismo sitio que por donde se fue—contestó el coronel—. Bajar le debió resultar más desagradable que subir, puesto que vimos que cojeaba.

—Se torcería alguna pata;—-dijo Minerva.

— ¡Debiera haberse torcido el cuello! — renegó Shaffer.

—Eso es algo punto menos que imposible — repuso O'Fallon, el cual, de inmediato, añadió—: ¿Qué le dijeron de la «Scout», Shaffer?

—Que lo sentían muchísimo y que si usted lo quería dispondrían la partida de otro cohete, con más gente y abundantes pertrechos de armas y municiones,

O'Fallon meditó la respuesta.

—Lo veremos un poco más adelante. Ahora regresaremos junto al cohete, en donde pasaremos la noche como podamos. Mañana por la mañana reanudaremos la expedición y...

¡Ssshhh...! ¡Chap...¡.

Algo silbó en el aire durante un segundo, cortándose aquel silbido casi al instante con un sonido mezcla de golpe y chasquido. Antes de que los expedicionarios pudieran hacerse la menor

pregunta acerca de la procedencia del ruidito, vieron a sus pies, casi en el centro del grupo, un palito de un metro o poco más de longitud, adornado de un penacho de multicolores plumas en su extremo, el cual se movía con vibraciones que iban disminuyendo en intensidad por segundos.

Los cuatro terrestres tardaron aún algún tiempo en adivinar que aquel palito era una flecha y que éstas, devastadora verdad, sólo suelen ser hechas y arrojadas por seres humanos.

* * *

La segunda flecha halló sólo el vacio cuando el ser que la había disparado había esperado hacer blanco en un cuerpo humano. Los cuatro terrestres, movidos por la voz del coronel, habían dado un unánime salto, trasladándose en un segundo al otro lado de la tumba de piedras, tras las cuales, cuerpo a tierra, se habían parapetado.

—Coronel, ¿estoy soñando o he bebido? — preguntó el periodista.

Antes de contestar, Sean asomó el cañón de su fusil por una hendidura entre dos piedras. El Magnum Mil, aparte de sus puños, era la única arma con que contaban.

A cien metros de distancia, sobre el borde del muro rocoso, cuatro o cinco siluetas de seres aparentemente como ellos, les contemplaban de un modo declaradamente hostil. A pesar del espacio que les separaba, los arcos de que eran portadores se divisaban con toda facilidad..

—Ni duerme ni está borracho, Terence — repuso el coronel—. Que yo sepa, son hombres...

—¿Como nosotros, señor?—preguntó Minerva.

La luz del crepúsculo no era muy buena para efectuar comparaciones.

—De momento, parece que si... ¡Cuidado! — gritó O'Fallon, habiendo escuchado el clásico «¡tuang!», de los arcos al ser disparados.

Media docena de flechas cayeron en las inmediaciones de la tumba, rechinando metálicamente sus puntas al chocar contra las piedras. Pero, afortunadamente, ninguna de aquellas armas causó el menor daño a los terrestres.

Apuntando cuidadosamente, O'Fallon disparó una vez. La detonación se expandió fragorosamente por todo el anfiteatro, y aún duraban sus ecos cuando uno de aquellos seres cayó al suelo.

Los otros, asustados o atemorizados por el estampido y la caída de uno de sus congéneres, dieron media vuelta y desaparecieron al otro lado de las rocas.

O'Fallon se puso en pie, pero en ningún momento dejó de tener el arma prevenida.

—Creo que habrá sido suficiente con un solo disparo — exclamó —. Posiblemente, si hay hombres en Marte, están aún en estado salvaje...

—¿Estado salvaje, coronel? — rio nerviosamente el periodista—. ¿Estado salvaje? — repitió, al mismo tiempo que. Inclinándose, tomaba una flecha en sus manos.

Shaffer lanzó una exclamación de asombro al contemplar el arma. Minerva cogió otra, sospesándola cuidadosamente.

—En la Tierra pesarían al menos quinientos gramos. Y, aparte de su construcción, un arco que es capaz de lanzar una flecha de medio kilo a cien metros de distancia, debe ser un arma muy potente. Coronel, fíjese en la extraña manufactura de esta flecha.

O'Fallon contempló el arma, tan admirado como asombrado, dándose cuenta de que era de un metal muy brillante, parecido al oro, y que despedía luminosos destellos. Tendría un metro y cuarto de longitud aproximadamente, estando dotada de una punta aguzada en extremo, capaz de atravesar de parte a parte un cuerpo humano con la mayor facilidad. El ástil era acanalado y el extremo opuesto a la punta: con objeto de proporcionar al arma una estabilidad en su vuelo, estaba dotado de unas plumas...

—¡Que no son plumas! — exclamó O'Fallon, en el colmo del estupor, al darse cuenta de que, aunque lo parecían, eran de una sustancia plástica brillantemente coloreada, muy liviana y flexible y que desempeñaban el mismo papel que las plumas.

—Conque salvajes, ¿eh, coronel? Me parece a mí que esos tipos están más civilizados de lo que parece.

—Huyeron al oir el tiro — objetó Sean, muy fastidiado.

— ¡Diablos! — gruñó Sinclair—, Yo también lo habría hecho de hallarme en su pellejo.

—Entonces, ¿por qué nos atacaron? Nosotros no les habíamos hecho ninguna demostración hostil — exclamó la joven.

—No han oido hablar de la política de buena vecindad— rio Shaffer.

—Es verdad — contestó el coronel —. Llamaremos al profesor Muller para que venga en el próximo cohete. Como antropólogo de la expedición puede actuar en funciones de director de relaciones

sociales.

—Me parece que se necesitará algo más que las palabras amistosas para entrar en relación con esos tipos — rezongó el periodista.

—¿Y si fuéramos a ver qué pinta tienen? — sugirió Shaffer.

— ¡Aceptado!—exclamó el coronel—. Pero antes, ármense con esas flechas. Son lo suficientemente largas y pesadas para que las puedan utilizar como venablos.

Siguiendo el consejo de O'Fallon, los tres expedicionarios tomaron dos flechas cada uno, dispuestos a utilizarlas como armas arrojadizas si era necesario. No tardaron mucho en hallarse en la cima del muro rocoso, de fácil subida por su parte interior, y el cadáver del marciano, horriblemente destrozado por la bala del Magnum, que casi lo había partido en dos, fue hallado en pocos momentos.

Más tiempo tardaron en reaccionar los terrestres de la sorpresa que les había producido el extraño equipo que llevaba aquel ser nacido en Marte, cuya complexión, por otra parte, independientemente de los rasgos fisonómicos, era idéntica a la de los terrestres. Tardaron, en efecto, unos minutos en recobrar el habla y el primero que lo hizo, de modo bien sarcástico por cierto, fue el periodista, mostrando un objeto que casi ocultaba por completo el rostro del muerto.

—Conque salvajes, ¿eh, coronel?—-repitió una vez más—. Y, ¿qué me dice de esta máscara de oxígeno que lleva?

O'Fallon, completamente aturdido, se pasó una mano por la frente.

—Aquí — dijo vacilante — hay algo que no encaja, Arcos y flechas y mascarillas respiratorias no pueden...

—¿Qué es lo que no pueden? Mire la construcción de la flecha, coronel: ¿no indica una técnica avanzadísima? Esta saeta no se ha hecho a mano, sino con máquinas especializadas.

—Pero si estos tipos tienen máquinas tan perfectas— objetó sensatamente el coronel—, ¿por qué no fabrican armas de fuego?

—Porque no habrán inventado la pólvora todavía— rio forzadamente Shaffer. Pero nadie le acompañó en su hilaridad.

Sean tomó la flecha que le enseñaba el periodista, con una mano, y la hizo saltar en el aire.

—Evidentemente — dijo —, estas flechas están hechas por procedimientos industriales que nosotros desconocemos hasta ahora. Es evidente, pues, que los habitantes de Marte, sean quienes

sean, han alcanzado un notable grado de civilización que…

Sinclair meneó la cabeza.

—No, no están tan civilizados como dice, coronel. A esa flecha le falta algo.

—¿Sí? — el coronel miró con ojos inquisitivos a su interlocutor.

—Sí. El *Made in*… Vamos, la marca de fábrica, para que lo entienda.

— Oh — dijo volublemente Minerva—, es que su modestia les veda…

La joven calló de pronto. O'Fallon la urgió para que continuara.

—Vamos, siga; no se esté callada.

—No puedo, me he quedado sin habla — repuso Minerva de modo sorprendente.

—¿Quéee…? ¿Me está tornando el pelo?

— ¡Dios me libre! — exclamó Minerva, a punto de echarse a llorar —. ¿Cómo me voy a burlar de usted en el momento que veo que Sanders se ha largado con el cohete?

Los tres hombres volvieron con gesto unánime la vista hacia el lugar donde habían aterrizado.

A pesar de que ya era casi noche, había la suficiente luz para que se viera claramente que el cohete había desaparecido de modo tan radical como si jamás hubiera existido. El desierto marciano que rodeaba al Gran Canal había vuelto a ser nuevamente desierto.

## CAPÍTULO IV

EL mayor Vultee, segundo jefe de la expedición a Marte, atravesó el corredor que le separaba de su cuarto de la cámara de mando de la espacionave y miró inquisitivamente al oficial de guardia Stream.

—¿Qué ocurre?—inquirió. —El coronel O'fallon quiere hablar con usted, señor— dijo Stream.

Vultee tomó el auricular del radioteléfono y dijo: —Mayor Vultee al habla, señor. ¿Les pasa algo? Las noticias que el segundo de a bordo recibió fueron realmente sensacionales. Al terminar la retransmisión, colgó el aparato, mirando sombríamente al oficial de guardia,

— No sé si se han vuelto locos o se han emborrachado, Stream.

—¿Qué ocurre, señor?

—El coronel O'Fallon dice que después de la muerte de Harolday, el cual, entre paréntesis, no murió de accidente, sino aplastado por un *diplodocus*, han sido atacados a flechazos por los marcianos.

—¿Eh? ¿Está seguro, señor?

—Y todavía hay más: el cohete que pilotaba Sanders, con éste, ha desaparecido, sin que haya dejado el menor rastro.

— ¡Cieios! ¡Vaya notición, señor!—se consternó el oficial.

—Lo es — repuso secamente el mayor—. Stream, póngase en contacto con el capitán de la «pioneer» y dígale que aliste su cohete, enviando media docena de hombres armados hasta los dientes.

—Pero, señor, ahora es de noche en este lado de Marte...

El mayor le interrumpió.

—Obedezca, Stream. Que lancen bengalas para iluminar la zona de aterrizaje. Sea verdad o mentira lo que cuenta el coronel, y no le creo capaz de mentir, nuestro deber es socorrerle inmediatamente. Que la patrulla de socorro lleve además de toda clase de armas, víveres y medicamentos. No sabemos el estado en que se encontrarán cuando aterricen.

Stream tardó unos segundos en recuperarse de la impresión que le habían causado las noticias. Cuando, al fin, se sintió con fuerzas suficientes para hablar, exclamó:

— ¡Señor, Señor...! ¡Mira que haber marcianos en Marte…!

Vultee se volvió, mirándole irónicamente.

—Pues, ¿qué esperaba que encontrasen, Stream? ¿Acaso venusinos? Vamos, transmita mis órdenes sin perder un segundo más.

—Sí, señor — contestó el oficial, poniéndose a manipular frenéticamente en los mandos del transmisor radiotelefónico.

Pero, cuando varias horas más tarde, el cohete de socorro aterrizo a corta distancia del lugar en que lo había hecho el primero, nadie contestó a sus llamadas. Y el día llego sin que la patrulla de auxilio pudiera hallar el menor rastro de los expedicionarios perdidos, los cuales parecían haberse esfumado totalmente.

Sucesivas exploraciones, tanto a pie como en el oruga auxiliar y aun en el mismo cohete, volando a baja, altura, dieron como único resultado hallar la tamba de piedras del infeliz Haroldav, sin que, en un radio de bastantes kilómetros pudiese encontrarse el menor rastro del coronel O'fallon y sus compañeros.

* * *

Sean O'Fallon se detuvo en el lugar en donde había estado el cohete, mirando luego en torno suyo, completamente desconcertado.

El suave silbido del viento fue el único sonido que percibieron sus oídos. A lo lejos, un remolino de arena gimió sólidamente antes de deshacerse primero y convertirse en una redondeada duna más tarde. Después, un siniestro, ominoso silencio, cayó sobre los terrestres.

—Esto es imposible — declaró el coronel al cabo de unos minutos, rompiendo el encanto en que todos parecían haber caído —. Sanders no puede haberse marchado con el cohete.

—¿Y si los marcianos le atacaron y, dominándole, le obligaron a despegar, coronel? — sugirió Minerva.

El pie del aludido golpeó fuertemente el suelo.

—Aun así — dijo, furioso,—. Los chorros de la nave tendrían que haber removido la arena de forma que aun ahora, de noche, sería fácilmente visible. Vean, ¿dónde están las señales de las rodadas del despegue?

Sean tenía toda la razón del mundo. Las rodadas del aterrizaje estaban ya medio borradas por la suave capa de arena que, movida de modo casi incesante por la leve brisa que rodaba, terminaban en el punto exacto donde se había detenido el avión. Aún había más:

las pisadas de O'Fallon y la joven, dirigiéndose al canal apenas llegados, podían verse en buena parte.

Lógicamente, de haber despegado el cohete allí, tendrían que verse montones de arena removida y ennegrecida por el humo y el calor de las llamas disparadas por los chorros. Pero aunque en algunos lugares, a la luz de las estrellas, más claras que en la Tierra, a causa del menor espesor de la capa atmosférica marciana, la arena se notaba un tanto removida, no era, sin embargo, lo que debía haber estado en caso de que Sanders; presa de un repentino ataque de pánico; hubiera enloquecido y huido de aquel siniestro y aterrador lugar.

O'Fallon no vaciló mucho en la línea de conducta a seguir. Pidió a Shaffer el transmisor y se puso en contacto con la «Scout», participando lo ocurrido y pidiendo con urgencia el envío de una misión de socorro, que serviría después como patrulla de investigación, pues no pensaba abandonar aquel lugar sin saber exactamente lo ocurrido a Sanders. Cuando al fin hubo terminado, miró a sus compañeros.

—No nos queda — dijo — otro remedio que permanecer aquí hasta que aterrice el segundo cohete. Sería una locura ir a otro sitio, ignorando los peligros que pueden acechamos.

Sinclair se rascó el cogote.

—Es una lástima que me hayan destrozado la máquina. El «flash» hubiera sido un arma muy eficaz para espantar aquellos inoportunos ballesteros.

—No debemos lamentarnos por lo que no tenemos — cortó O'Fallon enérgicamente —. Estableceremos nuestro campamento aquí y vigilaremos por turno. De momento usaremos, en tanto no hayamos instalado una base permanente, la hora GMT[1], hasta tanto hagamos las correcciones oportunas para averiguar el mediodía marciano, a base del cual modificaremos más adelante los horarios, pues no debemos echar en saco roto que el día de Marte es treinta y siete minutos y algunos segundos más largo que el terrestre.

»Yo haré el primer turno con rifle. Después vigilará Shaffer y el último queda reservado al amigo Terence. Minerva queda excluida de las guardias.

— ¡Protesto!—exclamó la muchacha—. Sé utilizar el rifle tan bien como uno de ustedes... y los ojos, además.

—¿Para destrozar corazones marcianos? — se burló el periodista.

La joven dio una patadita en eL suelo.

— ¡Insolente!—dijo, muy ofendida.

—Basta de discusiones — cortó el coronel —. Se hará lo que yo he dicho, y ustedes, ahora, procuren acomodarse lo mejor que puedan para pasar la noche. Hace bastante frío, pero nuestros trajes estan calentados eléctricamente y nos protegerán bastante. Hagan un hoyo en la arena; así estarán más cómodos.

Él dio el ejemplo, excavando con las manos una oquedad y colocando la arena en torno suyo a modo de parapeto contra posibles ataques. Cuando lo hubo terminado, comprobó que sus compañeros ya se habían acomodado para pasar la noche y, tras cruzar con ellos breves palabras de ánimo, volvió a su sitio.

Buscó una buena postura y se acurrucó en el suelo, colocando ante sí el rifle, a punto de disparar. Maquinalmente hizo un recuento de sus municiones, hallando que le quedaban cartuchos para apenas dos docenas de disparos. Esto y el pensamiento de un posible error en el aterrizaje del cohete de socorro, le provocaron un momentáneo desfallecimiento, al pensar que una vez agotasen la provisión de oxígeno de sus máscaras, la muerte sobrevendría en menos de dos minutos, por asfixia. Si la patrulla de socorro no les encontraba...

Sacudió la cabeza, tratando de alejar tan siniestros pensamientos de su excitado cerebro, entregándose de lleno a la vigilancia. A excepción de algún que otro silbido del viento, el silencio era absoluto. El brillo de las estrellas era muy intenso, aliviando en parte las espesas tinieblas de la noche marciana, ayudado un poco por la reflexión de la luz solar de Pobos, el primer satélite del planeta, situado a seis mil kilómetros encima de sus cabezas, la rapidez de cuya marcha [2] en el cielo podía seguirse casi a simple vista., advirtiéndosele como una estrella brillante un poco mayor que las demás.

Pasó un buen rato sin que ocurriera nada de particular. A veces, cuando tenía la vista fija demasiado tiempo en un mismo sitio, creía ver sombras alargadas que le parecían seres de extrañas formas que acechaban en la oscuridad, prestos a aprovechar cualquier momento de debilidad para saltar sobre él. Pero un ligero parpadeo era suficiente para disipar sus temores y devolver al paisaje su aspecto normal y monótono.

Oyó un siseo a sus espaldas y vio una sombra que se arrastraba hacia él. Minerva se deslizó dentro del hoyo, colocándose a su lado.

—No podía dormir, coronel — dijo—; estaba demasiado

nerviosa.

Sean asintió.

—Lo comprendo, aunque debiera haber hecho todo lo posible por cerrar los ojos.

—Los ojos ya los cerré — se excusó ella, sonriendo bajo la máscara—. Pero el sueño no acudía. ¿Qué quiere que le haga?

—Nada, en efecto — concedió O'Fallon.

Después de una breve pausa, la muchacha continuó, siempre en el mismo tono bajo, para no despertar a los durmientes:

—Francamente, jamás pude creer que nos ocurrieran tantas aventuras el día de nuestra llegada a Marte y en un espacio tan breve de tiempo. Ahora sí que se ha ido por tierra la inhabilitabilidad de este planeta, coronel.

—Si han transmitido la noticia a la Tierra, la conmoción será de ordago. ¡Marte habitado! Me imagino los titulares de los periódicos, ofendiendo la vista y...

La mano de Minerva asió de pronto el brazo de su oponente.

— ¡Pssst...! — le impuso silencio—. ¿No ha oido, coronel?

Sean se alarmó.

—¿Qué ocurre, muchacha? — inquirió en tono muy bajo.

—Me pareció oír como si alquien se quejase cerca de aquí...

—¿Sanders acaso? — sugirió O'Fallon.

Minerva no afirmó ni denegó. Hizo que la presión de su mano aumentara más todavía.

—¡Escuche, coronel! —dijo de pronto,

Sean aguzó, los oidos y creyó oir el gemido de una persona no muy lejos de allí.

— Me parece que el viento... — dijo.

Minerva movió la cabeza enérgicamente.

—Esto no es el viento, coronel; el quejido de una persona y el silbido del aire en movimiento pueden parecer similares, pero en realidad son muy distintos. Escuche otra vez.

El gemido se repitió, de nuevo, ahora a unos cincuenta o sesenta metros de distancia. Era evidente que alguien se quejaba o pedía auxilio para la dífícil situación en que se encontraba.

O'Fallon tomó pronto una decisión.

—Minerva—dijo-—-, vaya y despierte a Shaffer y Sinclair. Dígales que tomen sus flechas y que se vengan para acá, dispuestos a todo.

—¿Teme algo, coronel?

Éste no había tomado parte, afortunadamente, en ningún conflicto bélico, pero no le hacía falta tener, experiencia guerrera para saber que aquel modo de atraer la atención podía ser una trampa de la cual sería muy difícil, acaso imposible, librarse. No contestó directamente y, en su lugar, urgió a la muchacha:

—Dése prisa. Minerva; estamos perdiendo un tiempo precioso.

La muchacha obedeció, y un minuto más tarde los dos hombres, puestos al corriente de lo que sucedía, estaban al lado del coronel, provistos cada uno de su correspondiente par de flechas. Sean les dio instrucciones, después de haberles hecho escuchar de nuevo otro quejido.

—Puede, ser un lazo o bien puede tratarse realmente de una persona, Sanders, acaso, que necesita socorro. Shaffer, vaya usted por la derecha, yo lo haré por el lado opuesto, en tanto que Sinclair y la chica, se quedan aquí. ¿Entendidos?

Todos asintieron, les nervios en tensión, escuchando, de vez en cuando, además de los lamentos, que parecían llamadas de socorro, ruidos muy parecidos a los de una persona arrastrándose por el suelo, como si estuviera lastimada o malherida.

Reptando sobre los codos y las rodillas, con el rifle en las manos. Sean salió del hoyo oblicuando hacia su izquierda y torciendo luego en sentido opuesto apenas se halló a unos veinte metros de distancia. Sus pupilas, acostumbradas a la oscuridad, divisaban ya fácilmente los detalles del terreno y no tardaron en advertir una sombra tendida en el suelo, que no podía confundirse en modo alguno con el cuerpo de Shaffer.

Poco a poco, con infinita lentitud, ganando terreno por centímetros, Sean se acercó al cuerpo tumbado en el suelo, hasta quedar a corta distancia de él, tanto, que no podía fallar el golpe. La sombra de Shaffer se divisó entonces a pocos metros, listo también para dar el último salto sobre el objetivo.

Sean agitó la mano, como dando la señal. Los dos terrestres, entonces poniéndose en pie a una, recorrieron de una zancada los últimos metros abalanzándose sobre aquel ser que se lamentaba.

—¡Quieto o disparo! —gritó Sean. Aún a través de la mascarilla, que deformaba los sonidos, las palabras eran fácilmente inteligibles.

Aquella persona, tomada por sorpresa, intentó resistirse. Se debatió unos momentos, gritando algo que los terrestres no podían entender, pero fue presa fácil para el coronel y su ayudante, los cuales, en un santiamén la redujeron a la impotencia. Sean advirtió que, de pronto, aquel desconocido, doblaba la cabeza a un lado y

perdía el conocimiento.

—No es Sanders, señor — dijo Shaffer, enormemente sorprendido.

—Lo raro hubiera sido que se hubiera tratado de él — dijo entre dientes O'Fallon, muy fastidiado.

—Bien, pues ya es nuestro prisionero. ¿Qué hacemos con él?

—Llevárnoslo a la posición; allí podremos, examinarle y ver de quién se trata. Tome el rifle, Shaffer, y cúbrame la retaguardia.

—A la orden, señor.

Sean se inclinó hacia el suelo, tomando en sus brazos al desconocido con toda facilidad, ya que debido al tercio de gravedad marciana, apenas pesaría veinte kilos, y luego, caminando con rápido paso, se acercaron al lugar donde habían establecido un somero campamento. Minerva y Sinclair les vieron venir y se pusieron en pie.

—¿Qué dice el prisionero? — inquirió el periodista, que no olvidaba su papel por un instante.

—Por ahora no dice nada — contestó Sean—; está desmayado.

—¿Está herido?

—No lo sé; es de noche y no he podido verle...

— ¡Aguarde un momento! — exclamó Sinclair, hurgando en la bolsa donde había llevado los repuestos para la cámara—. ¡Qué tonto soy! Pensar que tenía aquí una antorcha eléctrica y me había olvidado de ello.

Shaffer lanzó una mirada asesina al periodista, mirada que éste no supo captar, ocupado en buscar la lámpara. Unos segundos más tarde, un brillante rayo de luz disipaba las tinieblas en aquel sector, iluminando de lleno la cara del prisionero desconocido.

Un grito unánime se escapó de cuatro gargantas terrestres.

—-¡Es una mujer!

Y después, un instante de aturdido silencio, que quebrantó el periodista.

—-¡Por todos los pelos de la barba de Mahoma! ¡Una marciana!

—Y que — dijo el coronel —, a juzgar por lo que estamos viendo, es joven y bonita.

—¿Será Miss Marte? — inquirió volublemente Shaffer, recibiendo como pago de su pregunta un par de bufidos nada amistosos.

—No sé si será Miss Marte o no — dijo Minerva—; pero lo seguro es que está herida, que pierde sangre y que, por lo que veo,

es tan roja como la nuestra.

Efectivamente, la desconocida tenía una manga del traje desgarrada a la altura del brazo, por donde, a la luz de la antorcha eléctrica, se veía fluir lentamente un hílillo de rojo líquido.

—¿Cómo la curaremos? — dijo el coronel—. Aquí no tenemos un mal pedazo de tela que…

—En mi bolsa tengo yo algo que puede servir para el caso: los papeles de celulosa que envuelven las lámparas de destello — contestó el periodista, buceando afanosamente en el lugar indicado.

En tanto que la desconocida era curada por Minerva y Sinclair, Sean estudió su aspecto, notando que su vestimenta, era, básicamente, muy parecida a la de ellos, incluso la máscara de oxígeno cuyas diferencias de forma con las suyas eran insignificantes. Mechones de un cabello muy rubio se escapaban por los lados de un casquete que le cubría la cabeza y en lo poco que se le veía del rostro se adivinaba que su belleza debía ser notable.

La cura terminó, de modo somero, en pocos momentos, conteniendo la hemorragia que había provocado el desvanecimiento de la desconocida. Esta, como si hubiera aguardado únicamente aquel momento, abrió los ojos.

Parpadeó, deslumbrada por el destello de la lámpara eléctrica que sostenía el periodista quien, dándose cuenta del detalle, la desvió a un lado. Entonces aquella joven, hizo una pregunta.

Habló con tono doliente, en un idioma absolutamente ininteligible para los terrestres, los cuales, no obstante, entendieron perfectamente la pregunta.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es lo que hacen aquí?

Los expedicionarios tardaron aún unos momentos en darse cuenta de que aquellas palabras, aun proferidas en alta voz, habían resonado dentro de sus cerebros, los cuales habían efectuado la traducción de su significado. O’Fallon no pudo contenerse y exclamó:

—¡Dios Santo! ¡Es… es una ÉSPer!

## CAPÍTULO V

MINERVA fue la primera en recuperarse de la sorpresa que las palabras de O'Fallon les había producido.

—¿Puede saberse qué es una ÉSPer, coronel?

Antes de contestar, el aludido miró a la desconocida y luego a sus compañeros.

—La palabra ÉSPer está formada por las iniciales de Extra Sensorial Perception, y quiere indicar con ello al poseedor, principalmente, de poderes telepáticos, capaz de comunicarse con otros seres por medio de la mente. De ella se ha derivado el verbo ESPar, que significa actuar por medio de la telepatía, con los tiempos y declinaciones consiguientes.

Shaffer soltó una risita mal reprimida.

—¿Quiere Usted decir, coronel, que Miss Marte nos ha ESPado?

—Exactamente, Shaffer — contestó Sean muy serio —. Ella es una ÉSPer y nosotros hemos recogido claramente el significado de sus palabras con nuestra mente.

—¿Y nosotros?' ¿Somos también ÉSPeres? — preguntó Minerva.

—¿Telépatas? Oh, no, claro...—contestó, no muy convencido, el coronel en medio de la expectación de la desconocida.

—Es decir, que solamente somos receptores, ¿no es así?

Sean movió la cabeza afirmativamente. Pero Minerva tenía que presentarle aún una objeción.

—¿Y por qué no podemos nosotros ESPar con la joven, coronel? Acaso no seamos nosotros unos ÉSPeres con los nacidos en la Tierra, pero si con los oriundos de Marte.

—Oriundos de Marte — dijo Sinclair zumbón—. Jamás estuvo mejor aplicada la frasecita.

—Dejémonos de tonterías — contestó la joven, muy molesta — y vayamos al grano. Vamos a ver si es posible entendernos con esta desconocida, porque de lo contrario, si esperamos a aprender el idioma marciano, estamos apañados. — Dirigió su mirada hacia ella y, al mismo tiempo que concentraba su atención en las palabras que iba a pronunciar, dijo—: ¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas?

La desconocida trató de apoyarse sobre un codo. Sean pasó un brazo por detrás de sus hombros, sosteniéndola, cosa que ella agradeció con una mirada por demás significativa.

—Me llamo — contestó, ESPando de modo que todo el mundo

pudo «oír» la respuesta en el interior de sus cerebros—, Ianthe, y vivo en Didyos, la capital de nuestro reino.

— ¡Diablos! — gruñó el periodista—. Esto es sensacional. Y, ¿dónde se encuentra Didyos, Ianthe?

— ESPó.

Pareció que la marciana sonreía bajo la máscara.

—Bastante lejos de aquí — contestó.

Sean tenía también que, hacer su pregunta.

— Escuche, Ianthe, ¿por casualidad estaba usted con los hombres que nos atacaron esta tarde?

Los ojos de la joven reflejaron instantáneamente el temor que todavía la duraba.

—Sí — repuso, ESPando, como en cada una de sus frases—. Estaba con ellos... a la fuerza. Me habían raptado hacía algún tiempo pero, aprovechando un momento de desconcierto, pude escurrirme en las sombras de la noche y huir de ellos.

—¿Por qué la habían raptado? — preguntó el coronel—. ¿Acaso también hay aquí gente que se dedica al *kidnapping*.[3] ¿Pensaban pedir rescate por su devolución?

Ianthe denegó con breve gesto de su cabeza,

—No es por motivos pecuniarios que me habían secuestrado, sino por cosas políticas. Hay dos bandos en lucha...

— ¡Anda! — exclamó Shaffer de modo, harto pintoresco—. Republicanos y demócratas, ¿eh? Pero en nuestro país no se secuestra a la gente por motivos políticos. Con una buena caricatura basta casi siempre.

—Mi caso es muy distinto. Yo soy la sobrina del Supervisor de Didyos, Kelmar, y su enemigo, Khywar...—y de repente, Ianthe dobló la cabeza a un lado, cesando de ESPar, pues había perdido el conocimiento. i

O'Fallon se mordió los labios.

—Está desmayada — dijo—. Ha perdido mucha sangre y no tenemos a mano elementos de socorro. Si el cohete no viene pronto... — murmuró, sin terminar la frase.

—Me estoy imaginando la sensación que causará Ianthe cuando sea izada hasta la «Scout» — exclamó el periodista—. La noticia va a conmover al mundo. ¡Ahí es nada! Dos facciones, marcianas, en lucha feroz frente a frente.

—Deje de pensar en periodista — masculló el coronel — y atengámonos al presenté. Apague la linterna; acaso nos sea

necesaria más adelante cuando oigamos los chorros del cohete que se dispone a aterrizar.

«Sinclair asintió y el lugar volvió de nuevo a las tinieblas. Entonces Ianthe abrió los ojos por segunda vez.

—Les ruego me dispensen — ESPó —. Estoy muy débil y...

—No se moleste en hablar, señorita—dijo Sean—. Lo único que lamentamos es la desaparición de nuestro cohete; en él teníamos elementos con los cuales hubiéramos podido curarla mejor que de esta manera. De todas formas, esperamos la llegada de una nave de socorro...

Los ojos de Ianthe denotaron un vivo interés por las palabras del coronel. Dijo, excitadamente;

—¿Su cohete? ¿Es cierto que ha desaparecido?

O'Fallon asintió.

—Si. Y con el piloto además. Por más que hemos pensado sobre ello, no hemos conseguido darnos una explicación clara de lo que ha podido ocurrir.

—Desapareciendo... él cohete...—murmuró. Ianthe, la cual, de modo inesperado, exclamó: — Haga el favor de ponerme en pie.

—No puede ser, señorita; está usted muy débil. Ha perdido mucha sangre y…

—Haga lo que le digo, Sean — ordenó perentoriamente la marciana—. Sólo será un momento; lo justo para escrutar el terreno.

El coronel refunfuñó algo entre dientes, acerca de la terquedad de las mujeres, terrestres o marcianas, común a todas ellas, y acabó por acceder. Pero, en lugar de ponerla en pie, corno Ianthe quería, la levantó en brazos.

—Muy bien — ESPó la muchacha —. Ahora, gire en redondo hasta que yo le diga basta.

O'Fallon, encarnado hasta las orejas, pero celebrando infinito el que la obscuridad impidiera a sus compañeros apercibirse del detalle, hizo lo que le decían. Al terminar la vuelta completa, Ianthe dijo:

—Gracias, Sean; ya puede dejarme en el suelo.

—¿Qué es lo que pretende usted ahora, señorita?

—¿Qué quiere decir esa palabra. Sean? No entiendo su significado.

—Es un tratamiento que en nuestro planeta, el tercero del Sistema, damos a las mujeres que todavía no han contraído

matrimonio. Es decir — añadió apresuradamente el coronel —, suponiendo que usted siga soltera.

—Lo soy — sonrió ella imperceptiblemente, cosa que, sin saber por qué, alegró infinito al coronel—. De modo que han venido del tercer planeta, ¿eh?

—Así es, señorita. Veo que no parece causarle mucha extrañeza nuestra presencia aquí.

—Llámeme por mi nombre, Sean, como yo lo hago, y suprima todo tratamiento — contestó Ianthe—. Y ustedes también. Efectivamente—, añadió—, no me extraña su presencia aquí. Ustedes, u otros cualesquiera, era inevitable que un día llegaran a nuestro planeta. Así lo esperábamos y asi ha sucedido.

— ¡Y se queda tan tranquila! —rezongó Shaffer.

— ¿Y ustedes? ¿Por qué, puesto que parecen estar tan civilizados, no han intentado el Supremo gesto del salto al espacio interplanetario? — la interrogó el coronel.

—Es algo muy largo de contar aquí... y estoy fatigada — repuso Ianthe. — Ahora, quisiera...

Ianthe se interrumpió, mirando en torno suyo. Habló como ensimismada, pero, a pesar de todo, ESPando, de modo que los terrestres entendieron perfectamente lo que decía.

—Sí, aquí es... No debe estar muy lejos... El Gran Canal... El circo...

De pronto alzó la cabeza.

—Si pudiera comunicar con los míos, pronto estaríamos salvados. Los hombres de Khywar no tardarán en darse cuenta de mi fuga y entonces me buscaran. Están fuertemente armados.

—Sí, con arcos y flechas; ya lo sabemos. Pero nosotros también tenemos algo que les dará mucho que hacer — y al decir ésto, Sean palmeó sonoramente la culata de su rifle.

Ianthe miró el arma dorante un segundo, sin ESPar nada. Luego, Dijo;

—Estamos tan cerca de la salvación y, sin embargo, tan lejos...

—¿Lejos? ¿Cómo se entiende eso, Ianthe?—preguntó Sean—. ¿Para qué os sirve vuestra cualidad de Ésperes?

—Entre nosotros, los marcianos, no está tan adelantada la telepatía como suponéis. Por otra parte, puesto que gozamos de la facultad de hablar tan bien como vosotros, apenas si la utilizamos. En todo caso, no nos sirve para más allá de unos pocos metros.

—¿Y Didyos está mucho más lejos, verdad?

Ianthe asintió.

—Así es. Oh, sí tuviera algo con qué comunicarme con ellos... —se lamentó.

Shaffer soltó una risita,

—Si es por eso, Ianthe, no lo deje usted. Aquí tengo mi transmisor de radio que acaso pueda servirle. Periodista, alumbre con su foco el cacharro de hablar.

Sinclair encendió la antorcha, al mismo tiempo que Shaffer alargaba el transmisor individual a la marciana. Ésta lo estudió unos instantes con detenimiento, como tratando de imponerse en su manejo.

—No sé qué longitud de onda usarán ustedes —. ESPó Shaffer —. En todo caso, ahora está listo para ser utilizado.

Ianthe asintió y luego se acercó el aparato a la boca. Habló unas breves palabras, sin significado alguno, para los terrestres, puesto que no había ESPado, y luego devolvió el transmisor a su propietario.

—¡Ya está! —dijo, ESPando para que la entendieran todos—. He lanzado mi llamada de socorro y, si la han recibido, no tardarán mucho en venir a buscarnos.

—¿Cómo vendrán? — Inquirió Minerva—, ¿En coche o...?

—En una carroza tirada por seis corceles blancos — rio Shaffer —, escoltada por un escuadrón de Húsares interplanetarios.

—¡Estúpido!—murmuró la terrestre, muy enojada.

Ianthe no quiso dar ninguna explicación acerca del asunto. Recostándose en el parapeto de arena, relajó sus músculos, disponiéndose a descansar por unos momentos. Los terrestres, excitados por las novedades, habían perdido completamente el sueño y charlaron entre sí en voz muy baja, comentando lo sucedido de modo que no turbaron el reposo de la muchacha.

Así transcurrió un espacio de tiempo de, aproximadamente, una hora.

Repentinamente, un agudo silbido hendió la atmósfera.

Sean se puso en pie de un salto.

— ¡Es el cohete de socorro!—exclamó, señalando hacia un punto, todavía muy alto en el espacio, en donde se veía una diminuta llama rojiza. El punto luminoso corría velozmente.

— ¡Señales con la antorcha, Sinclair! —ordenó el coronel, y Sinclair, puesto también en pie, apretó el conmutador de la lámpara repetidas veces en dirección al cohete, el cual, no obstante, desapareció rapidísimamente bajo el negro horizonte que apenas si

se diferenciaba del cielo obscuro.

— ¡Tiene que dar todavía una vuelta entera al planeta antes de aterrizar! — exclamó el coronel—. Aún está volando en la estratósfera y ha de perder mucha altura para poder llegar sin riesgo hasta nosotros.

—Bueno — dijo volublemente Sinclair—; hagámosle una llamada por radio.

Sean meneó la cabeza.

—No sirve nuestro transmisor, puesto que emite a base de microondas que exigen la visión del receptor o, por lo menos, que éste no esté interferido por ningún obstáculo natural;, como es la superficie del planeta. Habremos de esperar a que vuelva.

— ¿Y cuánto tardará? — interrogó Minerva.

Sean hizo un rápido -cálculo.

—Aproximadamente, una hora todavía. Hay que tener en cuenta que va perdiendo velocidad a medida que desciende.

La muchacha asintió, en tanto que sus ojos con templaban, a lo lejos, colgada del cielo, una estrella más brillante que las demás, de un esplendido tono azulado. Aquella luz, ya en la madrugada del amanecer marciano, era la estrella matutina del cuarto planeta, como Venus lo era, para la Tierra, cuyo hermoso reflejo la convertía en una de las más espléndidas luminarias del cielo que se divisaba desde aquel punto.

El encanto de aquel instante, en que todos los expedicionarios estaban subyugados contemplando el mundo del cual habían salido tres meses antes, quedó roto por una orden ESPada por Ianthe.

— ¡Todos a tierra! ¡Ocúltense todo cuanto les sea posible!

La orden telepática fue obedecida radicalmente, sin entretenerse en poner objeciones. Sean se arrojó al lado de la marciana.

—¿Qué ocurre, Ianthe?

—Vienen los hombres de Khywar hacia aquí, Sean — contestó sencillamente.

—¡Atiza! —exclamó Shaffer —. Además de ÉSPer, ¿es también nictálope?

Ianthe movió la cabeza.

—No, no veo en la oscuridad, si es eso lo que usted quiere, decir, Shaffer. Pero he ESPado algunos pensamientos de quienes me tenían prisionera.

—¿Dicen si vienen hacia aquí? — inquirió el coronel.

—No, pero lo sé porque la intensidad de sus conversaciones

ESPadas aumenta por segundos. Todavía me son ininteligibles, mas no tardaré mucho en lograr adivinar lo que dicen.

—A mí me es indiferente—masculló el periodista buscando un par de flechas a tientas —. No me importa lo que piensen, con tal de que no sea arrancarme el pellejo.

—Pues lo harán, a poco que puedan — masculló Shaffer, oprimiendo nerviosamente sus armas, tratando de taladrar con la vista las tinieblas—. Y pensar que uno vino aquí buscando tranquilidad...

¡Maldita sea! Cosas como éstas ocurren sólo en las historietas de Boixcar y Flash Gordon.

El viento silbó lúgubremente, arrastrando entre sus impalpables dedos unos cuantos remolinos de arena. Los nervios en tensión, los terrestres esperaban el ataque de los hombres de Khywar, cuyas intenciones habían tenido tiempo de comprobar horas antes. Sean, tomando el transmisor, trató de comunicarse con la nave insignia, pero Ianthe, de modo significativo, con un silencioso gesto, se lo impidió. El coronel entendió que no debía hablar porque sus pensamientos podían ser captados por los atacantes quienes, así, de este modo, localizarían más fácilmente su posición.

Pasaron unos minutos largos, tensos, agónicos. De pronto, el sonido de unos cuerpos reptando sobre la arena, llegó claramente a sus oídos.

Entonces, Sean tuvo una idea y decidió ponerla en práctica, aún sabiendo que con ello corría un grave riesgo y que las ventajas que podían obtener, acaso se transformasen en inconvenientes. Pero siempre tendrían a su favor la sorpresa, la cual era un factor no fácil de desdeñar.

Sin preocuparse si sus palabras eran o no ESPadas por los hombres de Khywar, exclamó:

—¡La linterna, Sinclair!

El periodista obedeció. Sin vacilar, Sean oprimió el interruptor, dejando la luz fija. Luego, colocó la lámpara sobre el parapeto de arena. Acostumbrados a las tinieblas, la luz de la antorcha eléctrica les pareció la salida de un nuevo sol, que iluminó con relativa claridad el espacio que tenían ante sí en una dimensión de unos treinta a treinta y cinco metros. Las pupilas de Sean captaron al instante la imagen de una docena de cuerpos reptando, hacia ellos.

Un alarido unánime brotó de las gargantas de los hombres de Khywar, quienes, al verse descubiertos, echaron de lado todas sus precauciones. Poniéndose en pie, tensaron sus arcos y soltaron una cerrada descarga de flechas.

—     ¡AI suelo, al suelo! —gritó el coronel perentoriamente.

Todavía estaba hablando, cuando el siniestro silbido de las flechas hendió la fría atmósfera nocturna.

Inmediatamente, y antes de que sus enemigos tuvieran tiempo de reponerse, Sean hizo sonar la grave voz del Magnum. Un marciano cayó fulminado por la potencia del disparo, arrojado limpiamente a media docena de metros de distancia. Un segundo balazo fulminó otro atacante, y el resto, no queriéndoselas haber con un arma tan mortífera, sin entretenerse siquiera en disparar una segunda saeta, dieron media vuelta y huyeron a todo correr, dando enormes saltos que les llevaron en pocos momentos fuera del radio de acción de la lámpara.

—Bueno — exclamó Sean, en cierto modo satisfecho, en cierto modo disgustado por la efusión de sangre a que se había visto obligado —; por lo menos el primer ataque, ha sido rechazado.

—Volverán—ESPó Ianthe—. De momento, los ha asustado, pero son tercos y tenaces y no tardarán en redoblar sus ataques.

—Pues les esperaremos aquí para darles la bienvenida que se merecen — gruñó Shaffer, apretando nerviosamente una de sus flechas.

En aquel momento, Ianthe lanzó un grito.

—¡Ya están aquí! ¡Ya vienen en nuestro socorro!

—¿Cómo lo sabe usted? — inquirió Sean —. ¿Quién se lo ha dicho?

Ianthe no contestó. Sus ojos brillaban con la luz de la esperanza y, sin poderse contener, se sentó en el suelo. En el mismo instante, un sordo rumor llenó los oídos de todos.

El sonido desapareció casi en seguida, y luego, en medio del más absoluto silencio, el suelo empezó a hundirse.

## CAPÍTULO VI

PETRIFICADOS por el asombro y el estupor, los terrestres no pudieron hacer nada que no fuera permanecer en el mismo lugar en que se hallaban, sin moverse en lo más mínimo.

La tierra continuó hundiéndose bajo sus pies. Sean y sus compañeros, mirándose unos a otros, no podían explicarse aquel misterio tan inesperado y, sobre todo, tan incomprensible.

Aquel trozo de suelo rocoso, recubierto de una una capa de rojiza arena, continuó descendiendo cada vez más, deslizándose en una especie de hueco o alvéolo de perfecto trazado cuadrangular, con un suave movimiento en el cual no se advertían trepidaciones ni vibraciones de la menor clase.

Las estrellas continuaban viéndose á través de la abertura que quedaba en la superficie, cuyas dimensiones, según calculó a ojo el coronel, debían ser de unos cincuenta metros de largo por un poco menos de ancho, acaso cuarenta metros. Pero, apenas habían descendido unas quince o veinte de estas unídades, una compuerta horizontal, tan silenciosa como la plataforma en que se hallaban, se deslizó lateralmente hasta ocultar por completó el rectángulo estrellado que se divisaba desde el lugar en que se hallaban.

La oscuridad se hizo absoluta, impenetrable, casi táctil. Los terrestres, llenos de una lógica estupefacción, no tenían fuerzas para hablar y ninguno de ellos se sintió con ánimos suficientes para hacer el menor comentario. El descenso, pues, continuó en el más absoluto silencio.

La cosa duró unos cinco minutos, plazo durante el cual ninguno de ellos hubiera sabido calcular la distancia que habían recorrido. De pronto, una difusa claridad se esparció en el ambiente.

La claridad se convirtió, casi de modo repentino, en una brillante iluminación que hizo parpadear a los terrestres, hasta que se hubieron acostumbrado a la luz. Entonces fue cuando Sean hizo sus primeras observaciones acerca del ambiente que les rodeaba.

Sobre sus cabezas, un techo rocoso, con escasas protuberancias, se iba alejando más a cada metro que descendían. El hueco por donde habían descendido se empequeñeció pero, de pronto, una segunda compuerta lo ocultó a la vista de los expedicionarios tan silenciosamente como había actuado la primera.

Un repentino grito sacó al coronel de su éxtasis. Shaffer, vacilando como un beodo, retrocedía hacia el centro de la roqueña plataforma muy pálido, terriblemente asustado.

Ssan fue hacia él, visiblemente alarmado.

—¿Qué le ocurre, Shaffer?

—¡Cíelos, coronel! ¡Esto es absurdo, increíble...! ¡Por poco si no me caigo de cabeza abajo! ¿Se ha fijado la distancia que hay hasta el suelo?

O'Fallon caminó precautoriamente hasta el borde de la plataforma, en la cual no se advertía la menor vibración, y apenas lo había hecho cuando retrocedió un par de pasos, acometido de un vértigo que no había sentido hasta entonces.

La enorme plancha rocosa continuaba su descenso, con cierta lentitud, pero todavía faltaban más de setecientos metros, y les separaban doscientos ya del techo, para que llegase al suelo, en el cual se divisaban, desde la altura, unos diminutos puntitos negros que Sean calculó debían ser los socorros que Ianthe había aguardado. Después, cuando se hubo rehecho de, la impresión, miró en torno suyo.

Se hallaban en una especie de oquedad o caverna de colosales dimensiones, cuyo techo se curvaba en una circunferencia de gran radio, de tres o cuatro mil metros al menos, dando, por lo tanto, una gran amplitud al espacio en que se hallaban. La caverna, cuya dirección era sensiblemente recta, se perdía a lo lejos, sin que, desde el sitio en que se hallaban, pudiera adivinarse el final de la misma.

Tan asombrados como él estaban sus compañeros, los cuales hablaban entre sí excitadarnente, intercambiando los más variados comentarios. Dispuesto a salir de dudas, Sean caminó hacia la marciana.

Ianthe estaba recostada todavía en el suelo, en el mismo hoyo arenoso que el coronel excavara para defenderse de los ataques sufridos en la superficie. Sean se arrodilló a su lado.

—Ianthe— preguntó. ESFando—, ¿qué es esto? ¿Dónde estamos? ¿Adonde nos conduce usted?

La joven se reclinó sobre un codo y, de repente, hizo algo increíble. Con gran esfuerzo, causado ello por la debilidad de su herida, se desprendió de la máscara de oxígeno, respirando el aire ambiental a pleno pulmón, pareciendo sentirse muy satisfecha de hacerlo.

Sean advirtió al instante la notable belleza de Ianthe, a pesar de que el sufrimiento causado por la herida había afilado un tanto sus facciones. Pero éstas eran de una regularidad perfecta y en ellas destacaban dos negros ojos y un par de labios que debían poseer un maravilloso tono escarlata en estado normal. Los oscuros cabellos se

derramaban sobre los redondos hombros de la joven en brillante catarata de ébano, contrastando maravillosamente con la blancura de su tez, perfecta y sin una tacha.

Ianthe sonrió débilmente.

—Vosotros también, podéis hacer lo mismo—,ESPó—. El aire que se respira aquí está a la misma presión que el que vosotros acostumbráis a respirar en vuestro planeta.

Sin temor alguno, imitando el ejemplo de Ianthe, Sean se desprendió de su máscara, notando un infinito alivio en la acción, después de tantas horas de tenerla constantemente puesta. Efectuó una profunda inspiración, hallando que la marciana tenía razón, excepto que el aire parecía, ser un poco menos denso que en la Tierra, como si se respirase a una altitud de unos dos mil metros. Minerva y los otros no tardaron unos segundos, en imitarles, soltando varias exclamaciones con las cuales pretendían demostrar el asombro y al mismo tiempo la satisfacción que sentían en ello.

Por su parte, Ianthe, al escrutar el rostro de los expedicionarios, halló en el coronel una persona de fuerte complexión y notable estatura, joven y de agradable presencia, cosa que la hizo sonreir, complacída.

Fue el propio O'Fallon el que primero rompió el silencio, ESPando a la muchacha:

—Tenemos muchas cosas de qué hablar, Ianthe. Realmente, parece como si nos fuéramos acercando al País de las Maravillas.

—Creo — repuso ella —, que a nosotros nos ocurriría lo mismo si fuéramos a vuestro planeta. De todas formas, os ruego demoréis las explicaciones para un poco más adelante.

—Comprendo — asintió el coronel, cortando la calefacción de su traje, pues debido a la agradable temperatura que reinaba en aquel lugar, resultaba totalmente innecesaria-—. Está fatigada y lo que más necesita ahora es una buena cura y descansar.

Se puso en pie, examinando de nuevo el ambiente que les rodeaba. No había ningún foco luminoso y, sin embargo, la luz parecía brotar de todas partes, pero en ningún momento pareciendo que fuera fosforescente; antes al contrario, tenía una asombrosa similitud con la del sol; lo cual no dejó de extrañar profundamente al coronel quien, por otra parte, se prometió averiguar el misterio de aquella iluminación en la primera ocasión que tuviera.

La distancia que les separaba del suelo, ya muy corta, fue recorrida en breves instantes. Antes de concluir el viaje, no obstante, la plataforma ejecutó un movimiento lateral cuya explicación se hizo patente en el momento en que el descenso se

cortó de modo suave, apenas sensible.

¡El cohete estaba allí!

Por eso se había, deslizado la plataforma a un lado, para no aplastarlo con su enorme peso, al tocar tierra. Y no solamente estaba allí el cohete sino...

—¡Sanders! — aulló Shaffer, sin poder contener su alegría.

El piloto, a quien seguían varios hombres cuyas intenciones parecían ser pacíficas, saltó sobre la plataforma, estrechando, vehemente y alborotador, a sus compañeros de expedición.

—¡Muchachos, qué alegría verles! Ya creí muertos a todos, pero, afortunadamente, veo que no... ¡Diablos!, ¿quién es esta beldad?

—Ya se lo explicaremos más adelante, Sanders

— dijo O'Fallon con gravedad, cortando las efusiones de su subordinado —. Nosotros también nos alegramos infinito de verle con vida; pero, antes de continuar más adelante, es preciso que nos cuente lo que le ha ocurrido.

El piloto hizo un gesto de asentimiento.

—Nada más fácil, señor. Estaba allí, aguardando su regreso, cuando de pronto sentí que el suelo se hundía. Inmediatamente, lo primero que pensé fue en salvar el aparato, de modo que, en un santiamén, me colé en la cabina. No tuve tiempo de poner en marcha los chorros, porque la plataforma, la misma por la que han descendido ustedes, quedaba ya muy desnivelada con respecto al suelo del planeta. Entonces; salté fuera de la cabina, pero ya no pude alcanzar el borde del hueco... ¡y aquí me tiene usted, coronel! Huésped predilecto de estos marcianos y... no sabe la alegría que tuve cuando me anunciaron su llegada, señor.

—Lo celebro, Sanders — contestó el coronel, contemplando por primera vez a los marcianos, dos o tres de los cuales atendían con no disimulada deferencia a Ianthe.

Uno de ellos, vestido con cierta correción, sin ninguna estridencia en su indumentaria, compuesta de una túnica corta, sin mangas, en la cual brillaba una especie de medallón que sugería la idea de una insignia, se acercó al coronel. De su cinturón pendía una espada corta, más como ornamento que como arma efectiva, aunque también podía ser utilizada como tal si el momento era llegado.

El marciano se acercó hasta quedar a dos pasos de los terrestres y entonces, llevándose la mano derecha al lado opuesto de su pecho, hizo una leve inclinación de cabeza.

—¡Salve, terrestres!—exclamó—. En nombre del Supervisor

Kelmar, os doy la bienvenida a nuestro mundo, ese que vosotros llamáis Marte. También os agradezco cuanto habéis hecho por Ianthe, a quien habéis salvado de una desagradable suerte.

—No hicimos otra cosa que cumplir con lo que creíamos era nuestra obligación — respondió O'Fallon, ESPando, pues se había dado cuenta, de que su interlocutor era también un ÉSPer. Después, dio su nombre y el de sus compañeros, presentándoselos al desconocido.

—-Muchas gracias. Sean — respondió éste—. Puede usted llamarme Nadhek; tal es mi nombre, y mi posición en Didyos, es la de Secretario de Seguridad del Supervisor Kelmar.

—¡Vaya! exclamó el incorregible Shaffer —. Una especie de Jefe de Policía, ¿no es así?

—Digámoslo de tal manera —contestó benevolentemente Nadhek.

—Supervisor — murmuró pensativamente el coronel.—. ¿Quiere decir esto que Kelmar es el jefe supremo de vuestro pueblo?

—Así es, Sean. En nuestro idioma, la palabra significa otra cosa, pero la vuestra más aproximada es la citada. Y ahora, si tenéis la bondad de seguirme...

—¿A dónde nos llevas, Nadhek?—-inquirió O'Fallon.

—Vamos al palacio de Kelmar, quien está impaciente por veros y ver a su sobrina.

—¿Está muy lejos ese palacio, Nadhek?

Éste hizo un gesto vago, que podía ser interpretado de diferentes maneras, y luego dijo:

—Saltad al suelo. La plataforma debe volver a su sitio.

Los terrestres obedecieron y Sean, galante, ofreció su brazo a Ianthe, dándose cuenta de que allí, los marcianos, debían tener elementos de cura poco menos que milagrosos, pues la joven había recuperado en gran parte el color y se movía con cierta facilidad. Había sido despojada de su termotraje y vestía de forma muy parecida a. la, de Nadhek, a excepción de unas sandalias netamente femeninas, sujetas casi hasta las rodillas por unas tiras de algo que a Sean le pareció oro tejido.

Apenas habían tocado el suelo, la plataforma, sin que nadie la manejara, cuando menos en apariencia, emprendió el vuelo, de forma sosegada, sin el menor estremecimiento. O'Fallon contempló su ascenso durante unos momentos, y luego se volvió hacia la, joven.

—Cuando usted quiera, Ianthe — dijo.

La joven echó a andar hacia otra plataforma, ésta mucho más pequeña que la anterior: y que permanecía inmóvil, suspendida a unos centímetros del suelo, sin nadie que pareciera manejarla. Sean se prometió averiguar en cuanto pudiera el modo con que los marcianos practicaban la levítación de los objetos inanimados, pero cuando ya tenía el pie puesto sobre la plataforma, recordó bruscamente una cosa.

—¡Shaffer, Sanders! — llamó.

Los dos interpelados se le aproximaron.

—Vayan al cohete y tomen todas nuestras armas, corran.

—No debéis temer nada de nosotros, Sean.—dija suavemente Ianthe.

El coronel sonrió.

—No es a vosotros a quien tememos, sino a los esbirros que te raptaron.

—No se atreverán a venir aquí — dijo.

—¿Por qué? ¿Qué tiene este lugar que sea diferente de los demás de la superficie?

—Existe una especie de pacto que nos obliga a los marcianos a dirimir nuestras diferencias, cuando esto se ha de hacer de modo violento, en la superficie de nuestro planeta. A mí me raptaron los hombres de Khywar, aprovechando la ocasión de que había salido a realizar unas investigaciones.

—¿Y por eso nos atacaron a nosotros en el anfiteatro?

—-Quizá os confundieron con alguno de los nuestros. Los oí comentar el hecho y supuse que mi tío, Kelmar, habría enviado alguna patrulla en mi busca.

Sean torció un poco el gesto y suspendió momentáneamente el diálogo, porque ya sus auxiliares volvían del cohete cargados con cuatro rifles, abundantes municiones y hasta algunos objetos ovoides, de color obscuro, cuya vista no pudo por menos de hacer estremecerse a Ianthe.

Sean notó el disgusto de la marciana.

—Lo siento—-dijo—pero es a causa de esos hombres que...

— No sigas por favor — ESPó pesarosamente la muchacha, cuya edad había calculado Sean en apenas veinte años terrestres. Entre nosotros, tal clase de armamento está prescrito bajo severisimas penas. Prácticamente, es el único delito por el que se condena a muerte en nuestro mundo.

—Habréis de dispensarnos, pues, Ianthe. No tendremos el menor inconveniente en desarmarnos, desprendiéndonos de esos rifles y las

granadas, en el momento en que el actual estado da tensión entre uhywar y vosotros haya cesado.

En aquel momento, la plataforma, sin nadie en apariencia que la manejara, se puso en movimiento. Gano altura, hasta coloearse a unos seis u ocho metros del suelo, y lueugo desarrolló una mediana velocidad que el coronel calculó en cincuenta modestos kilometros a la hora.

Después, examino a su sabor el lugar en que se hallaban. Salvo el tecno, que parecía enormemente distante, el final de la caverna, gigantesco túnel de colosales dimensiones, no podía adivinarse. La luz seguía sin decaer, brillando siempre con la misma inmensidad, pero ciertamente suave, sin que en ningún momento pudiera dañar a las pupilas.

Durante un buen rato, viajaron sm variaciones apreciabies. O'Fallon, no queriendo fatigar a Ianthe, cuyo aspecto le agradaba más y más a medida que pasaba el tiempo, guardaba silencio, escuchando, risueño y divertido, los comentarios que íntercambiaban sus hombres, entre los que no faltaron los de enojo del periodista, terriblemente encolerizado por la ausencia de su cámara. El aire de la marcha apenas si les molestaba.

Casi de un modo brusco, llegaron a un punto en el que la enorme caverna se bifurcaba en tres o cuatro ramas de idénticas dimensiones, formando una especie de plazoleta que tendría media docena de kilómetros de diámetro. Dos de los túneles, se advertía fácilmente, estaban cubiertos por una especie de selva o bosque, la cual, si bien de gran espesor, no daba en ningún momento la sensación de hallarse poblada de feroces animales ni de ser una jungia espesa, al modo de las de la India o el Amazonas terrestres. La tercera rama estaba obturada, hasta una altura de unos quinientos metros, por un muro de un grandísimo espesor, más en la, base que en la cima, de forma curvada hacia adentro, cosa que al coronel le recordó las grandes presas hidráulicas de su planeta, excepto, naturalmente, en las dimensiones, estas muchísimo mayores que aquellas.

De varios puntos del dique y a distintos niveles, partían una ifinidad de tubos de gran tamaño que, adaptándose a la configuración del terreno, partían en distintas direcciones, aunque la mayor parte de ellas seguían en la misma que ellos llevaban. La pregunta se le escapo a Sean sin querer.

—Eso que se ve ahí, ¿es una presa colectora de agua?

Ianthe asintió suavemente.

—Sí. En ella guardamos el líquido procedente de la fusión de las

nieves polares, el cual es conducido hasta unos orificios abiertos en la superficie, hasta el dique, que regula el caudal de agua que se consume. ¿Quiere verlo?

Antes de que Sean pudiera oponer alguna objeción, Ianthe dio una orden, y la plataforma, con un movimiento de inigualable suavidad, se elevó.

En pocos momentos estuvieron al borde del muro, en el cual observaron varios pequeños edificios que eran, evidentemente, los de control de las compuertas de recepción y desague. Algunos hombres patrullaban por el ancho borde del dique, provisto de barandillas protectoras, vigilantes del mismo y de su mecánica. El espesor del muro de contención era enorme, cosa lógica, ya qué allí había un lago de unos cuatro kilómetros de anchura y cuyo final se perdía de vista, hacia el término de la colosal caverna.

—¡Je! —rio Shaffer—. Vaya un lugar más apropiado para el balandrismo, ¿eh? Os aseguro que, en cuanto pueda, voy a venirme aquí a pasar mis vacaciones y que…

Shaffer se interrumpió de pronto porgue Nadhek había lanzado un grito de aviso que, si bien había sido proferido en su idioma, como al mismo tiempo, de modo instintivo, había ESPado, pudo ser entendido por todos.

—¡Vienen los hombres de Khywar!

## CAPÍTULO VII

AL percibir el grito de alarma de Nadhek, todo el mundo volvió instintivamente la cabeza. O'Fallon se dio cuenta de que el marciano había palidecido terriblemente.

Los hombres que habían acudido a recibirles estaban, desarmados a excepción de aquellas cortas espadas, de valor más decorativo que real. En cambio los otros, a juzgar por lo que estaba viendo, debían venir armados hasta los dientes.

Por el subterráneo de enfrente, volando a ras de las copas de los árboles, de modo que solamente fueran vistos en el último momento, venían hacia ellos, a gran velocidad, dos aparatos voladores, cuya forma, esencialmente, era la de un huso provisto de dos cortísimas alas triangulares hacia popa y otra, aún más pequeña, vertical, sobre las anteríores. Aquellos aditamentos debían servir de timones de dirección y Sean pensó que, tanto en un planeta como en el otro, las leyes físicas sobre aerodinámica no habían sufrido variación alguna.

Los aparatos eran de reducido tamaño, aunque capaces de contener media docena de hombres cada, uno, puesto que se movían por el mismo medio que la plataforma, lo cuál excluía el enorme lastre, tanto en peso como en espacio, que ocupaba el motor en los terrestres. Y su maniobrabilidad, por tanto, era infinitamente superior.

Al mismo tiempo, otro grito indicó que por el segundo túnel llegaba otra pareja de aviones, volando raudamente hasta emparejarse con los primeros, con los cuales formaron una hilera que se abalanzó de modo fulmíneo sobre la plataforma.

Sean fue el primero en tomar una determinación. Permanecer en aquella situación, suspendidos a quinientos metros sobre el abismo del dique, era suicida. Prácticamente, estaban volando sobre una alfombra volante, en la cual, salvo el pequeño remanente de espacio, no había ningún saliente al que asirse. El coronel miró a Nadhek y le ESPó una orden, que el otro obedeció sin presentar la menor objeción.

—¡Al muro! — y en un par de segundos, la plataforma descansó sobre el ancho borde del dique, el cual mediría al menos cincuenta metros de un lado al otro.

—¡¡Preparad los fusiles y las granadas! — rugió O'Fallon, y los terrestres, obedeciendo disciplinadamente, saltaron a tierra, alistando los poderosos Magnum, cuyos cerrojos crujieron al

empujar un cartucho en la recámara.

—¡Las mujeres, al parapeto! ¡Nadhek. Usted y los suyos escóndanse también!

Ianthe obedeció, pero antes de resguardarse en el antepecho de la barandilla se le aproximó.

—Vais a emplear armas de fuego — dijo en tono de reproche, que Sean percibió claramente en el interior de su cerebro.

—Soy yo el primero en lamentarlo, Ianthe — contestó Sean—, pero no estamos dispuestos a dejarnos avasallar tan fácilmente. Y mucho menos, a que se la lleven de nuevo como ocurrió anteriormente. Escóndase, por favor.

Ianthe, con sus bellos ojos a punto de romper en lágrimas, asintió. Entretanto, Sean se aprestaba, con el periodista y sus dos auxiliares, a la defensa.

Teniendo municiones en abundancia, ésta no le preocupaba lo más mínimo. Escrutó los rostros de sus hombres, hallando en ellos la firmeza y la decisión de combatir encarnizadamente. Shaffer, con cierto desprecio, soltó un escupitajo.

—¿Me citará en su relato, periodista? — dijo. Sinclair le contestó con un gruñido.

Los hombres que vigilaban el dique se habían unido a ellos, parapetándose a su lado. Aparecían temerosos y sorprendidos a un tiempo por el inesperado ataque.

En contados segundos, los aparatos estuvieron a tiro. Pero Sean no quiso dar la orden de fuego hasta convencerse, efectivamente, de que iban a ser atacados.

Los aviones enemigos, volando a baja altura sobre el dique, se dividieron bruscamente en dos fracciones, que evolucionaron con veloces movimientos. Redujeron un momento la marcha y, de pronto, de sus carlingas asomaron a menos de cien metros, cinco o seis hombres en cada una, armados todos con sendos arcos.

La primera descarga de flechas cayó, en su mayor parte, sobre el agua, excepto algunas que retíñieron metálicamente al chocar contra el dique. Viendo, pues, que las intenciones de sus enemigos eran realmente las de eliminarlos, Sean ordenó pasar al ataque.

Una cuádrupe detonación resonó de modo estruendoso cuando los Magnum soltaron su mortífera carga. Cuatro atacantes, alcanzados de modo fulminante, se desplomaron sin lanzar, un grito, literalmente destrozados por las balas terrestres.

Viendo la vulnerabilidad a que estaban sujetos, los atacantes iniciaron una maniobra de dispersión, remontándose un tanto al

mismo tiempo que sobrevolaban la parte acuática del dique. Habiendo ganado altura, cayeron sobre los sitiados, largando una cerrada descarga de flechas.

Un marciano se incorporó, aullando convulsivamente, al ser traspasado su cuerpo de parte a parte. Sinclair lanzó un feroz juramentó cuando sintió su muslo izquierdo atravesado limpiamente por una flecha que salió al otro lado, completamente tinta en su sangre. Sintiéndose flaquear, el periodista se sentó en el suelo, oprimiéndose el miembro herido con ambas manos.

Las dos mujeres, acudieron a socorrerle, en tanto, que, con un tenue silbido, los aparatos de Khywar pasaban a ras de sus cabezas. Sean no quiso desaprovechar la ocasión y, tentando a la suerte, apuntó al vientre del más cercano de los aviones.

Su disparo tuvo unos efectos sorprendentes. Aquellos artefactos debían estar construidos con un metal muy liviano y el proyectil del Magnum se desintegró apenas chocó contra él, abriéndole un ancho boquete. Debió alcanzar algún punto vital de su extraño sistema de impulsión porque, instantáneamente, el avioncito dio una voltereta redonda y se precipitó hacia abajo.

Para disparar, los marcianos debían haberse aflojado sus correas de sujeción por lo que, al volcarse el aparato, los cinco o seis que lo ocupaban fueron proyectados al espacio. Lanzando agudísimos gritos de pavor, cayeron sobre el muro inclinado del dique, por el cual fueron resbalando y botando, hasta que, convertidos en unos sangrientos harapos, se detuvieron medio kilómetro más abajo. El aparato les siguió, descendiendo también con enorme rapidez hasta que, de pronto, debido sin duda al roce, el metal de que debía estar compuesto se inflamó en una súbita llamarada que lo consumió en pocos instantes.

Aquel éxito animó a Sean.

—¡Disparen contra los aviones mismos! — gritó—. Saldremos ganando más que si lo hacemos contra sus ocupantes, a causa de su vulnerabilidad.

Shaffer y el piloto asintieron, metiendo otra bala en la recámara. Después, aguardaron.

Los tres aparatos restantes, después de haberse reagrupado frente a ellos, cargaron de nuevo desde una distancia de un kilómetro.

—Shaffer, tire al de la izquierda. Usted, Sanders, al del centro. Yo lo haré con el de mi derecha.

Asintieron los terrestres. Shaffer se quejó, no obstante.

— ¡Coronel, yo vine aquí en una expedición científica; no a

cazar patos!

—Este es un bocado muy difícil de digerir, muchacho contestó socarronamente el piloto quien, inmediatamente, lanzó un grito.—: ¡Cuidado, ya están ahí!

Pero en el último momento, los aparatos se dispersaron. Conociendo sus ocupantes la mortífera potencia de las armas enemigas, querían, indudablemente ofrecer el menor blanco posible a los disparos de Sean y sus hombres.

Estos, no obstante, no se dejaron engañar por la treta y, elegido de antemano su blanco, aguardaron el momento propicio para disparar.

Cada uno de ellos lo hizo cuando le pareció oportuno. Sanders fue el que más suerte tuvo, pues su aparato apenas si se había desviado de la línea recta que siguiera desde un principio. Disparó dos veces, en rápida sucesión, acertando de lleno con el segundo disparo, la proa del pequeño avión desapareció literalmente, volando en mil pedazos.

El aparato saltó espasmódlcamente en el aire y, arrastrado por la misma velocidad de su impulso, pasó a corta distancia del borde del dique, cayendo en el agua, en donde levantó una enorme oleada de espumas.

Por su parte, O'Fallon y Shaffer, fallaron sus disparos, permitiendo al enemigo virar a lo lejos para lanzar un nuevo ataque. Éstos no habían pasado sin dejar su mensaje de muerte, que había costado dos bajas más entre los marcianos del dique.

Súbitamente, Ianthe, abandonando al periodista, tomó el rifle que éste había soltado al ser herido. La muchacha desconocía su manejo, pero lo utilizó de modo intuitivo, sobre todo después de haber visto usarlo a los terrestres.

Sean no pudo contener una sonrisa de admiración.

—¡Bravo, Ianthe! — ESPó, elogiándola—. Tenga cuidado y apriétese bien la culata contra el hombro; de lo contrario, el retroceso del arma la derribará de espaldas.

Ianthe asintió y, para mayor seguridad, apoyó sus hombros contra el parapeto del dique. Luego tomó puntería.

Los cuatro disparos resonaron de modo simultáneo con el gemido de las cuerdas de los arcos ál ser disparadas. Un marciano se contorsionó cuando sintió en su costado la mordedura de un flechazo.

Pero otro aparato, alcanzado de lleno por un par de impactos, estalló en el aire, arrojando al agua los cuerpos de, sus ocupantes.

El cuarto aparato huyó rápidamente, convencidos sus ocupantes de que persistiendo en su actitud atacante sólo conseguirían ser derribados lo mismo que sus compañeros, sin que las ventajas que pudieran obtener justificaran el intentar im nuevo ataque. En contados segundos se perdió, en el túnel opuesto y, bajando a ras de los árboles, desapareció velozmente de la vista de los atacados.

Ssan se puso en pie, satisfecho de la victoria alcanzada, la cual, sin embargo, no había sido alcanzada con tanta facilidad. Tres muertos y dos heridos, uno de los cuales era el periodista, habían sido el precio que habían tenido que pagar por su triunfo.

Vio a Sinclair tendido en el suelo, perdido el conocimiento, en tanto que Nadhek en persona trataba de curarle. El extenso charco de sangre que había allí indicaba claramente la intensidad de su hemorragia.

A una mirada de Sean, Nadhek contestó, ESPando:

—Ha perdido bastante sangre, pero saldrá adelante.

—¡Uf! — respiró Shaffer—. Y yo que temía no verme en los periódicos.

Sanders lanzó un grito súbitamente:

—¡Coronel! Hay algunos atacantes en el agua que se acercan aquí.

—Hagámoslos prisioneros — ordenó Sean, quien, inmediatamente, añadió —: A menos, naturalmente, que Nadhek tenga algo que oponer.

El aludido meneó la cabeza.

—No, los llevaremos a Didyos, en donde tendrán que responder de su osadía ante, el Supervisor,

Chorreantes, abatidos, los atacantes prisioneros; pasaron a terreno sólido en donde permanecieron en grupo, vigilados por el piloto y Shaffer, arma al puño para evitar cualquier reacción que, dado el aspecto de los caídos, no tenia trazas de producirse. Los empleados del dique ayudaron a recoger los muertos y cuando todo estuvo listo, Nadhek dio la orden de reanudar la marcha.

Montaron en la plataforma a los dos heridos, y a continuación el resto. Los prisioneros, vigilados por los guardianes del dique, quedaron allí en espera de ser recogidos más adelante. Nadhek puso en movimiento tan original vehículo e inmediatamente reemprendieron la marcha hacia Didyos.

Media hora más tarde avistaban en lontananza los primeros edificios de la capital marciana.

*     *     *

Los terrestres iban de sorpresa en sorpresa y sus exclamaciones de asombro ante lo que veían eran constantes. Especialmente, el maravilloso aspecto de la ciudad subterránea, enorme, gigantesca, de bellísimos edificios, de variados y deslumbrantes colores, les dejó estupefactos. Los numerosos transeúntes de la ciudad, unos sobre sencillas placas idénticas a la suya, otros transportándose sobre aceras rodantes, les contemplaron con benevolente curiosidad, curiosidad que se transformó en cólera al ver los cuerpos inanimados que transportaban.

En el primer momento, Sean se alarmó, pero Ianthe no tardó en calmarle.

—No temas — le espetó —; esas frases, que no has entendido porque no han sido ESPadas, se referían a Khywar y los suyos. Vosotros ya sois conocidos y a estas horas todo el mundo está haciendo los mayores elogios de vuestra acertada intervención.

Sean se tranquilizó al escuchar las palabras de la joven y no tuvo tiempo de hacer otro comentario, porque casi de inmediato, al doblar la esquina de un elevado edificio, desembocaron en una gran plaza, cuyo pulido pavimento brillaba espejeante en toda su extensión. En el centro había una colosal construcción, de una arquitectura completamente nueva para los terrestres y que ocupaba todo un lado de aquel espacio abierto.

Brillante, reluciente como una ascua de oro, perdiéndose casi sus inacabables torres en la altura, el palacio del Supervisor era una incomparable maravilla, cuya contemplación, siquiera fuera por medio de reproducciones fotográficas, llenaría de admiración á iodos los habitantes de la Tierra apenas pudieran gozar de tal esplendor.

La plataforma se detuvo a escasos metros de una enorme escalinata de acceso al palacio, por la cual bajaron corriendo numerosos marcianos, ataviados de un modo idéntico a Nadhek y los suyos. Nadhek dio unas breves órdenes y los guardias, con silenciosa rapidez, se llevaron los heridos.

— Ahora los curarán — dijo, volviéndose hacia Sean.—y en pocos días estarán en condiciones de moverse por sí mismos. No paséis el menor cuidado por ellos; nuestros médicos son excelentes.

Sean asintió y, cuando vio que Ianthe echaba pie a tierra, la imitó, siendo seguido por Minerva y los otros dos. Guiados por el propio Nadhek, ascendieron la escalinata, recibiendo el saludo de los guardias allí estacionados, en cuyos rostros podía vislumbrarse la satisfacción que sentían al ver a Ianthe sana y salva.

Al final de la escalinata había un gran salón, que atravesaron sin detenerse. De éste pasaron a otro y, al final, Nadhek se detuvo ante una enorme puerta de batientes metálicos, pesados, llenos de brillo y color, a cuyos lados había un par de soldados vigilantes, uno de los cuales, a una señal de Nadhek oprimió un pulsador.

La puerta se deslizó a un lado, dejando ver una sala de, relativamente, reducidas dimensiones, que parecía algo así como un despacho de trabajo. Sentado tras una mesa, había un hombre que levantó la vista al vér entrar aquella comitiva por las puertas de la estancia.

El hombre lanzó un grito de alegría al ver a sus visitantes.

—¡Ianthe! tLa muchacha se volvió, ESPando:

—Terrestres, tengo el gusto de presentaros el Supervisor de Didyos, mi tío Kelmar.

## CAPÍTULO VIII

ERA Kelmar un hombre joven, de, aproximadamente, la misma edad que el coronel, de excelente aspecto físico y noble continente, que cautivó en seguida la atención de Minerva. Y los ojos de Kelmar demostraron en más de una ocasión que los encantos físicos de la joven geólogo no le habían dejado ni tan siquiera indiferente.

—Pasad, terrestres —dijo, comunicándose también con ellos por el procedimiento ÉSPer—. Ya me he enterado de vuestra intervención a favor de mi sobrina Ianthe, y es obvio deciros lo muy agradecido que os estoy. A partir de este momento podéis consideraros como en vuestra propia casa, y todos vuestros deseos, siempre que esté en nuestra mano, os serán satisfechos.

Sean tomó la palabra y, saludando al modo marciano, cosa que no dejó de agradar a Kelmar, ESPó:

—Las gracias a usted, Kelmar. No hemos hecho sino, simplemente, cumplir con lo que creíamos nuestra obligación. Sin embargo, no tenemos que pedir otra cosa que, aparte de ropas limpias y comida, cosa que estamos necesitando con cierta urgencia, información acerca de ustedes. Esto es algo que nos interesa mucho, Kelmar; puede comprenderlo fácilmente.

—Lo comprendo—-asintió Kelmar—. Es cierto. Viniendo de otro mundo y. habiendo llegado a uno que estimabais inhabitado, el hallarlo poblado por unos seres que, si bien son de constitución física idéntica a la vuestra, tienen, en cambio, otros modos y medios de vivir, es lógico que os hayáis sentido invadidos por la curiosidad. Se os darán toda clase de explicaciones (yo mismo lo haré) con infinito placer, pero antes debéis cambiaros de ropa, asearos y satisfacer vuestro apetito.

* * *

Dos horas más tarde los expedicionarios terrestres, pareciendo otras personas a causa de la extraña vestimenta marciana que se habían visto obligados a adoptar, terminaban de comer. En torno a la mesa estaban Kelmar, las dos jóvenes, cuyo aspecto no podía ser más atractivo, Nadhek, el piloto y Shaffer. Habiendo terminado de servir la mesa, los criados se retiraron tan silenciosa como discretamente y los dejaron solos en la estancia.

Kelmar tomó un sorbo de un licor de maravilloso color rojo, que a Sean le había parecido con gusto a Borgoña, y luego, limpiándose los labios, empezó:

—Por muy raro que pueda pareceros, terrestres, nosotros no somos oriundos de este pianeta. Bien es verdad que los que has visco fuera, incluso Ianthe y yo, hemos nacido aquí, pero me refería a nuestra raza, la cual es originaria de un planeta muy distante de aquí y que no pertenece a este Sistema Solar.

»Hubo un tiempo prosiguió Kelmar—en que vivíamos en un mundo alejado infinitamente de aquí. Pero era un mundo moribundo, destinado a la dsaparición, y antes de que ocurriera tal catástrofe los responsables decidieron la emigración. No importa cuándo ocurrió tal cosa; lo interesante es que un buen día, hace ya de ello muchos años, llegamos aquí.

»Nuestras avanzadillas exploratorias habían descubierto la Tierra como el mejor mundo para vivir nosotros, pero debimos desistir de habitar en él al verlo ocupado por otra raza, también humana, por supuesto. Acaso nos hubiéramos decidido a quedarnos allí, pero los exploradores contaron tales horrores acerca de vuestra ferocidad (debieron llegar, a lo que supongo, en medio de una horrible conflagración bélica), que asustaron a nuestro gobierno y, pese a las dificultades, decidieron quedarse aquí.

—¿Cuánto tiempo hace de ello?—preguntó Sean reflexivamente.

Kelmar citó una cifra. El coronel meditó un instante y luego sonrió.

—Vuestros exploradores — dijo —debieron de caer en medio de una de las guerras medievales que solían destrozar Europa, una región de nuestro planeta, cada dos por tres. No les censuro por asustarse; en aquel tiempo éramos bastante salvajes. Y lo malo es — suspiró O'Fallon — que parecemos seguir siéndolo. Pero continúe, por favor.

Kelmar asintió.

—Podíamos haber entrado en relaciones con vosotros, más nuetro gobierno desistió de ello, dejándolo para el momento en que vuestra civilización hubiera alcanzado un nivel apreciablemente parecido al de la nuestra, mas en el aspecto moral que en el material. No quiero seguir reatando las dificultades por sobrevivir de nuestros primeros antepasados marcianos, los cuales, al fin, tomaron la única soloución Viable: sepultarse bajo tierra.

»Naturannente, esto no se hizo sin un considerable esfuerzo, suplido, en buena parte, por los adelantos mecánicos de nuestra civilización. Ni tampoco fue cosa de un año. En excavar estos inmensos túneles que habéis visto, debajo de los cuales se desarrolla la vida tan normalmente como en la superficie de la Tierra, acaso se invirtieron dos siglos cuando menos, pero no teníamos prisa alguna.

Cuando, al fin, hubo espacio sin agobios, se terminó el trabajo excavatorio, dedicándonos entonces a otras obras.

—Los canales, por ejemplo.

Kelmar sonrió.

—Los canales, en efecto. Marte es un planeta pobre en agua, cosa harto sabida, y el hombre, esté donde este y sea de la raza que sea, es un animal ávido de tan preciado líquido. Dichos canales transportan, en la epoca del deshielo, el agua producto de la fusión de las nieves hasta determinados puntos en donde, atravesando conductos practicados especialmente, es acumulada en numerosos depositos en un todo análogos al que habéis visto. Esto nos permite tener bosques y selvas que, además de proporcionarnos alimento y vestido, purifican la atmosfera mucho mejor que lo podian hacer las más perfeccionadas maqumas.

—Cuando llegué a la Tierra— dijo entre dientes Shaffer—, al primero que me niegue la existencia de los canales le partiré la boca. ¿Qué hacen esos astronomos que...?

—Los astrónomos— le interrumpió gravemente el coronel — se refieren a rayas cuya anchura, caso de existir, no debieran ser nunca inferior a ochenta kilometros. El canal que hemos visto tiene doscientos metros y resulta invisible desde nuestro planeta; no lo olvide, Shaffer. Continue, por favor, Kelmar. Nos interesa saber más detalles de vuestro mundo.

El supervisor asintió.

—-Vuestra llegada, aquí era inevitable — continuó ESPando—. Un día u otro tenía que llegar y al fin se ha producido. No quisimos ser nosotros los primeros en dar el paso primitivo, temerosos de la acogida que podríais dispensarnos. Siempre os hemos estado vigilando y convendreís conmigo que de pacifistas, pese a vuestras palabras, tenéis muy poco.

—Esto explica el misterio de los discos voladores — resongó el coronel —. De todas formas—.añadió—, nadie os hubiera causado el menor mal.

Kelmar sonrió.

—Posiblemente nos hubierais tachado de impostores. Es mejor que haya ocurrido así, coronel; de esta forma no habrá duda aiguna cuando se conozca nuestra existencia. Temo, sin embargo, por el futuro de nuestra raza al entrar en contacto con la vuestra; hasta ahora, y salvo la disidencia de Khywar, hombre ambicioso y sin escrúpulos, nos hemos conservado en un estado ético casi intachable.

—Yo espero —repuso O'Fallon— que este contacto redunde en

beneficio de la población de ambos planetas. Posiblemente, en algunos aspectos, hayamos superado vuestra civilización. Pero en otros, dos sobre todo, nos dais ciento y raya.

—¿A cuáles se refiere, coronel?

—Uno, la luz; el otro, los medies de transporte. ¿Quiere explicarnos?

Kelmar movió afirmativamente la cabeza,

—Con mucho gusto, coronel. La luz es producida por medio de aparatos que causan la suspensión en la atmósfera, como disueltos en ella, de los fotones o partículas luminosas, los cuales, al llegar el período de descanso que equivale a la noche, cesan de funcionar, para establecer el período de alternativas oscuras y luminosas que equivale al día en la superficie de un planeta normal, período que es indispensable tanto para los seres humanos como para los animales y las plantas.

»Y en cuanto a nuestros medios de transporte —concluyó Kelmar —, se mueven, pura y simplemente, por antigravedad. Acaso ésta no sea la palabra exacta, porque 1a antigravedad es algo imposible de producir, pero sí es un complejo mecanismo de funcionamiento casi idéntico a lo que sería si tal cosa pudiera existir. Y para que no creáis en milagros respecto de este asunto—sonrió el Supervisor— os diré que Nadhek conducía la plataforma que os trajo hasta aquí con la simple presión de sus pies, colocados en ciertos lugares dispuestos al efecto y que no son otra cosa que los sencillos mandos del vehículo.

—¡Je!—rio Shaffer—. Es la simplificación del arte de conducir llevada al máximo. ¡Simbad el Marino se moriría de envidia al ver estas alfombras voladoras!

Kelmar hizo Un gesto de extrañeza al oir tal nombre, pero Sean se apresuró a contarle rápidamente la leyenda. Y luego hizo una última pregunta:

—¿Puedo saber por qué habéis proscrito las armas de fuego?

—Sí—contestó Kelmar—. Las hemos prohibido por nocivas y funestas y porque de ellas se derivan gran parte de los males que os afligen a vosotros. Hace ya siglos que aquí no se construye ningún arma de esa clase y quien osara hacerlo pagaría con la vida su atrevimiento.

-—Sin embargo, no hace mucho que demostraron su utilidad —contestó el coronel, un tanto picado.

—Es cierto, y no lamento su uso — dijo Kelmar —. Pero, una vez hayamos cancelado las diferencias hoy existentes entre Khywar y yo, cuando todo se haya resuelto, le pediré me entregue las armas,

coronel. Al menos, en tanto dure su permanencia entre nosotros.

—Por supuesto—admitió O'Fallon, reservándose su decisión para el último momento. Después preguntó—: ¿Podemos, saber qué es lo que pasa entre Khywar y usted?

—Simplemente, una diferencia de opiniones. Khywar es de los que desean salir al espacio y entablar relaciones con ustedes, los terrestres. Yo, siguiendo la tradición legada por nuestros antepasados, pienso de otra manera. Pero esto no es más que el pretexto; en el fondo, lo que Khywar desea es apoderarse de la Supervisión y gobernar a su antojo. Por ello hizo raptar a Ianthe, para ver si así me obligaba a acceder a sus pretensiones.

Sean miró a la joven marciana, a su lado, cuyo rostro se tiñó instantáneamente de carmín, aumentando más, si cabía, su belleza. La halló, encantadora y se dijo que ninguna como ella para hacerle salir de su impenitente soltería. Sin poderse contener, empezó a hablar con la muchacha, la cual contestó con agrado a todas sus preguntas.

Mientras Kelmar, al parecer encantado de tener al lado a Minerva, y ésta nada insensible a la agradable charla del Supervisor, pegaban la hebra, Shaffer y Sanders se dedicaron a Nadhek, al cual acosaron literalmente, queriendo averiguar todo cuanto era posible acerca de la vida en aquel mundo.

Así pasó el tiempo, más rápidamente de lo que ninguno de ellos pudiera pensar. El agradable entretenimiento fue cortado súbitamente por la intempestiva entrada de un oficial, que declaró sin rodeos:

— Kelmar, Kliywar está ahí fuera y desea verte.

* * *

Tras los primeros momentos de silencio, Kelmar reaccionó, poniéndose en pie. Dijo, ESPando sin acaso darse cuenta:

—Ya ha llegado el momento que tanto temía.

Sean dio un par de pasos, aproximándosele.

—¿Somos nosotros la causa del conflicto. Kelmar?

El Supervisor sonrió agradablemente.

—En cierto modo, sí, coronel. Khywar se aprovechará de vuestra llegada para precipitar los acontecimientos. Quisiera no tener razón..., pero eso lo veremos dentro de unos momentos. ¡Nadhek, hazlo pasar!

El Secretario de Seguridad asintió y unos momentos después un hombre, alto, hercúleo, gigantesco, seguido por cuatro esbirros,

penetró con paso firme en la estancia.

Los penetrantes ojos de Khywar captaron en un instante las imágenes de cuantas personas se hallaban en la estancia, deteniéndose con especial atención en las dos jóvenes. Dejó escapar una ligera sonrisa de superioridad a través de la espesa barba que cubría su rostro y luego dio un paso más hacia adelante.

—¡Te saludo, Kelmar!—dijo, con profunda voz que hizo vibrar los muros.

—¡Te saludo, Khywar!—contestó el Supervisor, impasible—. Hazme el favor de usar tus poderes ÉSPeres con el fin de que mis huéspedes puedan entender tus palabras.

—Tus huéspedes, ¿eh? — rio desagradablemente Khywar —. Está bien, ESParé, puesto que así lo quieres y, puesto que, además, lo que tengo que decirte, Kelmar, se refiere a ellos. Es muy sencillo: ¡dámelos!

—¿Por qué, Khywar?

Éste se echó a reir con una sonora carcajada.

—¿Y tú me lo preguntas? Tus huéspedes han destrozado tres de mis aparatos voladores, matándome al menos veinte guerreros con armas que, además, están solemnemente prohibidas. Pido que me los entregues para castigarlos como se merecen.

Kelmar procuró mantener la calma. Sus palabras fueron tranquilas.

—No accederé a tus propósitos, Khywar. Es cierto que emplearon armas prohibidas, pero ellos ignoran tal prohibición, pues que no han nacido en este planeta. Por otra parte, vedado o no el uso de los rifles, fueron ellos los atacados y, lógicamente, no les cabía otro recurso que defenderse. Además defendían a mi sobrina Ianthe, raptada.por tus hombres, Khywar, recuérdalo.

—Eso es incierto — gruñó el gigante.

Entonces fue cuando O’Fallon dio un paso hacia adelante.

—Fuimos nosotros los primeros en ser atacados. Arriba, en el anfiteatro, sus hombres nos soltaron una descarga de flechas sin la menor provocación por parte nuestra. Más tarde, al enterarse de la evasión de Ianthe quisieron recuperarla, intentando un asalto por sorpresa, asalto que se repitió una vez estuvimos en los subterráneos, junto al dique. ¿Qué hombre emplearía usted para tales hazañas, Khywar?

—¡Muy bien, coronel!—gritó Shaffer—. ¡Le dio en mitad de la boca!

Khywar soltó un espantoso reniego.

—¡No hablaba contigo, terrestre,, sino con un igual mío, el Supervisor de Didyos!

Kelmar se encrespó al oir las palabras de su rival.

—¿Desde cuánto tú eres un igual mío, Khywar? Márchate, márchate de aquí, y no me obligues a emplear la fuerza para arrojarte a un lugar del que ya no puedas salir más.

—No harás tal — gruñó el gigante—. Provocarías la guerra entre nuestros pueblos.

—Esos dos pueblos solamente existen en tu imaginación, Khywar. El tuyo está compuesto de una banda de descontentos y advenedizos que solamente esperan tu imposible proclamación como Supervisor para medrar a costa tuya y de los demás. ¡Vete, Khywar, vete!

El rostro del gigante se transformó con una demoníaca mueca de rabia y furor al verse expulsado tan ignominiosamente. Blandió el puño de modo amenazador.

—Tendrás noticias mías, Kelmar— rugió—. Y, en cuanto a tu sobrina: lo quieras o no, será mi esposa. Ianthe...

— ¡No! ¡Nunca! .— gritó la muchacha apasionadamente.

Khywar saltó hacia ella, tomándola de un brazo antes de que nadie pudiera impedirle el ademán.

Lo imprevisto de la acción cogió por sorpresa a todo el mundo. Pero el primero en reaccionar fue el propio Sean, quien, avanzando hacia: el gigante, le tocó suavemente en un hombro.

—En mi país, cuando a alguien se le despide de una casa, se marcha inmediatamente y no se le ocurre ofender a las damas — dijo fríamente.

Khywar lo miró de arriba abajo con soberano desprecio.

—Y en el mío, cuando un personaje como yo habla, todos los demás callan. ¡Toma!

Apenas había terminado de hablar Khywar, cuando su manó izquierda se disparó, en un incontenible revés, tomando como objetivo el rostro del coronel.

No era Un puñetazo, pero sus efectos dada la enorme corpulencia de Khywar, hubieran sido los mismos. Sin embargo, con infinito asombro de todos, la mano del gigante sólo halló el vacío. El coronel, con un hábil quiebro, había esquivado el fenomenal golpe que, de alcanzarlo, hubiera terminado en un instante con sus protestas.

Khywar lanzó un rugido de cólera al ver fallido su golpe. Esto hizo sonreir a Sean, quien se dio cuenta de la rabia que bullía en el

torso de barril de su oponente,

—-¡Maldito terrestre! —rugió Khywar—. ¡Te voy a...! — y apenas pronunciadas tales palabras cuando, desdeñando utilizar la espada que le pendía del cinturón, se arrojó violentamente sobre el coronel.

—¡Cuidado, Sean!—ESPó la muchacha, en un grito que repercutió casi dolorosamente en el interior del cerebro del coronel. Éste se apercibió a la defensa.

El puño de Khywar voló hacia el rostro de Sean con terrorífica violencia. Pero, por segunda vez, solamente halló el vacío en el lugar donde había esperado su propietario encontrar el blanco apetecido.

Sin embargo, Khywar se encontró ahora con una respuesta no esperada. La mano de Sean se disparó, con fulminante gesto, hasta atenazar la muñeca de su oponente con férrea presa. Avanzar el hombro del mismo lado, dar una rapidísima media vuelta y hacer palanca con sus piernas, fue cosa de un segundo para el terrestre. Los pies de Khywar voltearon tan aparatosa como ridiculamente cuando su dueño se encontró, durante una décima de segundo, cabeza abajo sin poderlo remediar.

El marciano, sintiendo que el suelo se le escapaba bajo los pies, notó que el techo y el pavimento se confundían en un vertiginoso volteo que concluyó cuando su pesada humanidad se estrelló, con sordo fragor, contra el pulido suelo que vibró de modo perceptible.

—¡Muy bien, coronel!—gritó Shaffer—. ¡Diez a uno a favor de la Tierra! ¡Vamos, mufchacnos, anímense y acepten esta ganga!

Minerva, se dejó arrastrar por el resultado final de la lucha.

Pero ésta fue mucho más breve de lo esperado. Sean no dejó recuperarse a su enemigo, sabiendo que, si lo permitía, acabaría siendo derrotado. Por lo tanto, se precipitó sobre él y, aprovechándose de su momentáneo aturdimiento, conectó un uno-dos terrorífico, demoledor, que acabó dejando K. O. al marciano.

Los hombres de éste intentaron una acción punitiva contra el terrestre que tan limpiamenté había derrotado a su jefe; pero Shaffer, vivo como el rayo, tomó uno de sus rifles que Kelmar había estado examinando momentos antes, y los encañonó firmemente con el arma.

—¡Al primero que dé un paso lo frío en seco!

— ESPó de modo amenazador, clavando en el suelo a los esbirros.

Kelmar dio entonces un paso hacia adelante.

—Tomad a vuestro innoble jefe y lleváoslo de aquí inmediatamente. Dad, además, gracias a que estáis bajo mi techo y ello me impide castigaros como os merecéis. Pero si volvéis a aparecer por aquí…

La amenaza quedó en el aire.

Cuando los marcianos fueron a recoger a Khywar, éste, recobrando el conocimiento, abrió los ojos. Puesto ya en pie, barbotó una amenaza:

—¡Tendrás noticias mías, Kelmar, y nada agradables, por supuesto! Y en cuanto a este osado, le haré sufrir, cuando le aprese, los mil tormentos del infierno.

Shaffer agitó el fusil de manera significativa. —¿Disparo, coronel? Con enfermedades como ésta, sólo se puede usar un tratamiento.

—Déjelo, Shaffer; nosotros no hemos venido a castigar a nadie, sino que somos, simplemente, unos huéspedes que han venido a causar incomodidades sin cuento a sus anfitriones.

Kelmar meneó la cabeza con pesimismo.

—Este momento, con o sin vosotros, tenía que llegar indefectiblemente. ¡Vete, Khywar, vete!

Cuando al fin hubieron quedado, solos, Sean miró a Ianthe y la muchacha le correspondió. Embebidos en la contemplación mutua, no oyeron las palabras de Kelmar, el cual, habiendo tomado una de las manos de Minerva, la decía, ESPando:

—Preveo momentos muy duros y difíciles para todos. Tendremos que aprestarnos a una lucha sin cuartel que no ha de tardar mucho en estallar.

## CAPÍTULO IX

SEAN y Ianthe, sentados en un cómodo diván en una habitación no muy lejana al comedor, charlaban en voz baja, en tanto que Kelmar, muy nervioso, se paseaba a corta distancia de ellos, con una honda arruga en la frente, símbolo indudable de las graves meditaciones a que se hallaba entregado. En el lado opuesto, Minerva lo contemplaba, también pensativa, respetuosa no obstante, sin osar interrumpir su silencio.

Las cuatro personas se hallaban solas en aquel sitio, habiendo pasado veinticuatro horas desde el momento en que tuviera lugar el choque con Khywar. Desde entonces no habían cesado de forjarse cábalas acerca de la forma en que éste pensaba atacar, como asimismo los medios que unos y otros emplearían en la sangrienta lucha que iba a suceder no tardando mucho.

Bruscamente, se abrió una puerta y por ella penetró Nadhek, el Secretario de Seguridad, seguido por Sanders y Shaffer. El primero tenía el semblante pálido y contraído, en tanto que los de los segundos reflejaban unos sentimientos diametralmente opuestos.

Kelmar se fue hacia Nadhek con vivo paso.

—¿Noticias? — inquirió, en medio de la expectación general.

Nadhek movió la cabeza con gesto lleno de pesimismo.

—Lamento comunicarte que no tienen nada de buenas, Kelmar. Intenté interrogar a los prisioneros, tal como me ordenaste, pero todos habían muerto ya.

—¿Cómo? ¿Muertos? — exclamó Kelmar en el colmo de la sorpresa.

Maquinalmente, Sean se puso en pie, aproximándose a los dos interlocutores. Ianthe y Minerva hicieron lo propio.

—Así es, Kelmar — repuso Nadhek, inclinando la cabeza—. Cuando entré en el lugar donde estaban encerrados, sólo hallé sus cadáveres. Una investigación médica posterior ha demostrado que fueron envenenados, sin que mi esfuerzo para hallar al autor de tan execrable crimen haya dado el menor fruto.

—¡Muertos... envenenados...! — repitió Kelmar, lleno de consternación. Y luego añadió a media voz—: ¿Será posible que incluso aquí, en mi propia casa, tengamos traidores?

—Muy posiblemente — terció Sean—, a juzgar por lo que se desprende de las palabras de Nadhek. Esto, en todo caso, no es nada nuevo y aunque significa una sería dificultad para rechazar el

posible ataque de Khywar no merma totalmente nuestras posibilidades de defensa y aun de victoria.

—Pero las interfiere notablemente,— objetó Kelmar.

—Conforme, pero la muerte de los prisioneros indica, con toda claridad, una cosa que no se puede refutar.

Kelmar miró inquisitivamente al coronel. ESPó:

—¿Y es...?

—Que Khywar te teme — dijo Sean, habiendo suprimido, por indicación del propio Kelmar, el tratamiento —. De lo contrario, ¿le habría importado algo dejar vivos a sus hombres? Si estuviera seguro de su victoria, ¿qué le importaría que tú estuvieras informado o no de sus fuerzas y del número y disposición de éstas? Cuando un atacante tiene una superioridad absoluta sobre el defensor, le preocupan poco las posibles filtraciones que pueda tener en los secretos de sus planes estratégicos. Cosa que no sucede en este caso, pues, de lo contrario, Khywar habría dejado con vida a los supervivientes.

—Eso es cierto — ESPó, meditabundo, el Supervisor. Y antes de que pudiera continuar, Sanders se adelantó.

—Perdonen que les interrumpa—dijo—, pero yo también tengo noticias que comunicar. Al contrario de las de Nadhek, son buenas aunque, claro está, sólo se refieren a nosotros.

—¿Comunicaron con la «Scout»? Inquirió Sean, anhelosamente.

—Sí, señor. El mayor Vultee se alegró enormemente de nuestra, digámoslo así, aparición, y dijo que lo pondría inmediatamente en conocimiento de la Tierra. Me hizo esperar un buen rato hasta saber la respuesta de nuestro planeta... ¿y qué cree que nos ordenan esos estúpidos?

—Nada agradable, seguro — gruñó Sean entre dientes—. ¿Y aún decían que eran buenas noticias, Sanders?

—Se confundió, trabucando las palabras — río desgarradamente Shaffer. Pero nadie le acompañó en su hilaridad.

— Coronel — continuó el piloto:—el mayor Vultee manifiesta haber recibido orden de nuestro planeta en el sentido de que debe regresar a la superficie e informar inmediatamente *y en persona* de todo lo ocurrido. Después de esto, el Mando decidirá si debe continuarse con la expedición o, por el contrario, dado que se sabe que aquí hay un país en guerra, enviar otra, reforzada, con el fin de evitar ver nos envueltos en un conflicto.

—¡Y un rábano!—-exclamó Sean destempladamente .—. Pase lo que pase, yo no me muevo de aquí sin ayudar a mis amigos.

—Estoy con usted, señor — declaró Shaffer—. Si quieren cogernos... pues que vengan a buscarnos, ¿no le parece?

—¿Y usted. Minerva? ¿Y usted. Sanders? — inquirió Sean, mirando a los interpelados

La geólogo se sonrojó visiblemente, sobre todo al mirar a hurtadillas a Kelmar. «¿Acabará esta monada siendo mi tía?», pensó, de un modo algo pintoresco. Sean.

Sanders se puso a su lado de modo también rotundo.

—De aquí no me muevo ni atado, coronel. De modo que...

Kelmar, entonces, avanzó hacia O'Fallon.

—No puedo consentir tal cosa. Sean, obedecer a las autoridades de vuestro planeta. Hay una cosa que se llama sentido de la discinlina...

—...Y otra que se llama sentido de la ignorancia, que es la que poseen esos qne se creen sagrados bonzos allá abajo— dijo acaloradamente el coronel—. Quiero quedarme aguí para ayudaros en la medida de mis fuerzas y de mi inteligencia, no solamente porque lo merecéis, no solamente porque, diciéndolo francamente, tengo motivos particulares para ello —y O'Fallon subrayó la palabra, mirando a Ianthe, la cual sostuvo la mirada de modo harto inequívoco y que no pasó desapercibido para nadie —, sino porque, al ayudaros, colaboro también a restablecer la paz perturbada en este planeta por un grupo de ambiciosos, paz que es necesaria para las buenas relaciones que, indudablemente, se establecerán dentro de poco entre los habitantes de ambos mundos.

— ¡Qué bien habla! ¡Qué pico de oro!—elogió Shiffer, provocando las sonrisas de todos.

Kelmar estrechó gravemente la mano de su interlocutor.

—No sé, cómo darte las gracias por tus palabras, amigo terrestre. Ocurra lo que ocurra, a partir de este momento puedes contar con la amistad eterna e imperecedera de mí y de los míos. Podría, acaso, obligarte a regresar a tu mundo, pero ello sería forzar tu voluntad y esto es algo que nunca me ha gustado sino en casos muy extremos.

—Gracias, Kelmar. Y ahora, puesto que vamos a pelear juntos contra ese sinverguenza de Khywar, debiéramos empezar a planear la defensa. ¿No tendréis a mano un mapa o plano de vuestro mundo subterráneo?

El Supervisor asintió. ESPando una orden a Nadhek, el cual se apresuró a cumplirla. Nadhek no tardó mucho en volver con un gran rollo de una especie de papel metálico, de vivos reflejos, que

desplegó fácilmente sobre una ancha mesa.

El índice de Kelmar fue señalando los lugares Que estaban habitados, comprobando Sean, no sin asombro que las ciudades edificadas bajo la capa roqueña de Marte eran más numerosas que lo que podían parecer a simple vista. En el subsuelo marciano había una infinidad de túneles, todo lo cual justificaba ampliamente el largo trabajo de doscientos años que se habían visto obligados a efectuar sus habitantes para poder sobrevivir.

Sin embargo, la atención del coronel se centró en Didyos, la capital del mundo marciano, dándose cuenta de que, en dirección opuesta a la que ellos habían seguido a su llegada y durante una distancia de varios centenares de kilómetros, sólo había un túnel, en el cual no existían más que dos o tres ciudades sin importancia.

—Opino — ESPó Sean, tras largos momentos de reflexiónque Khywar tratará de atacar a Didyos en primer lugar, porque tú estás en la ciudad. Haciéndote su prisionero o bien suprimiéndote, no se alzará ningún otro obstáculo entre él y la Supervisión, cosa que es lo que más ansia... aparte de Ianthe, claro está.

—¡No seré nunca de él! — declaró, ardientemente la muchacha, mirando a Sean con pasión poco disimulada.

—Las flechas aquí son baratas — comentó con sorna Shaffer—. Cupido estará en sus glorias.

Sean prosiguió haciendo caso omiso de la pulla, que provocó más de una sonrisa en sus compañeros.

—La plaza donde está el dique se halla a unos ciento veinte kilómetros de aquí, según deduzco del plano. En ella confluyen cuatro túneles, por alguno de los cuales, indefectiblemente, han de venir las huestes de Khywar.

—Eso mismo he estimado yo — afirmé, coincidiendo, Kelmar.

El dedo de Sean se apoyó con firmeza sobre el punto señalado.

—En este lugar, pues, es donde se dará la batalla decisiva. Hemos de ocuparlo y fortificarlo, disponiéndonos para resistir el ataque que sin duda lanzaba Khywar. Supongo vendran en sus aviones, ¿no? — inquirio de modo un tanto brusco.

— Es lo más lógico. De Khywaria a aquí, que es donde vive el y donde, merced a sus metodos brutales, se ha, impuesto por el temor, hay mas de tres mil kilómetros. Si no hacen el viaje en sus aparatos volantes, no pueaen hacerlo de ninguna otra forma práctica.

—Pero antes de llegar aquí —objetó Sean:—, deberán hazar un plan de ataque, agrupar sus fuerzas, revisar el armamento... Esto les

llevará algún tiempo y... ¡Kelmar!

—¿Qué quieres, Sean?

—¿Crees que dispondrán de armas de fuego?

El Supervisor movió la cabeza, denegando —No. Después de haberos visto a vosotros utilizarlas, no dudo que interten fabricarlas. Pero, una de dos: si las fabrican, pierden mucho tiempo, cosa que no parece convenirle a Khywar, dada la impaciencia que ha demostrado, y si no las construyen, entonces se verán obligados a atacar con solamente arcos y flechas.

—Pero vendrán todos en aviones. ¿Tiene muchos partidarios?

—Bastantes. Sin embargo, la mayoría, de ellos, por no decir todos, son gente ambiciosa y sin escrúpulos, hombres inadaptables a nuestro regimen de vida que sólo buscan la satisfacción de sus ruines apetitos utilizando los medios que sean.

—Vamos—-comentó a media voz el coronel—, que no hay por donde cogerlos. Está bien —alzó el tono—. Eso es mejor para nosotros; gente como la que acabas de señalar son buenos luchadores si ven el triunfo al alcance de la mano. Pero ante un contraataque enemigo, fuerte, vigoroso y decidido, huirían a la desbandada... «¡los que se salven!» concluyó Sean de, modo harto dramático.

Las palabras del terrestre impactaron fuertemente en el ánimo de todos, expandiendo el silencio en torno suyo. Ianthe fue la primera en romperlo, mirando al coronel, al mismo tiempo que ESPaba:

—¿Qué es lo que piensas hacer, Sean?—inquirió.

El joven la miró con aire de firme decisión en su semblante.

— Algo que nunca creí posible y que me repugna como al primero, mejor dicho, más que a ninguno. Pero que, sin embargo, en las actuales circunstancias, es lo único que se puede hacer, porque de esta forma salvaremos una infinidad de vidas que, de otra forma se perderían indefectiblemente.

—¡Diablos! —se asustó Shaffer—Coronel, sí que pinta usted las cosas con tinta china.

—Digo la verdad tal cual la siento, Shaffer.

—Y ese medio de combate que piensas utilizar, ¿cuál es? —preguntó Kelmar.

El rostro del coronel adoptó un tono sombrío al ESPar, para que todo el mundo pudiera entenderle:

—«¡Una bomba atómica!»

*     *     *

—El coronel está chiflado — gruñó Shaffer. ¿De dónde diablos piensa sacar Una bomba atómica?

—No estoy tan chiflado como usted piensa, Shaffer— dijo Sean, entrando inesperadamente, junto a Ianthe, en la habitación donde aquel y el piloto se habían quedado comentando los últimos acontecimientos—. Dije que emplearía una bomba atómica y lo haré.

—¿Cómo, señor?— inquirió Sanders.

—Usted va a tener parte principal en el asunto

— «Contestó Sean, mirándole—, Y el reaetor de su cohete va a ser la bomba atómica que yo pienso utilizar contra Khywar y sus secuaces.

Los ojos del piloto y los de Shaffer se dilataron al oir las palabras de su superior.

—¿El reactor...?

—-¿...del cohete?

—Exactamente — afirmó Sean —. El motor de nuestro cohete funciona por medio de, la energía nuclear, y no es otra cosa que la fisión «controlada» del átomo. Esta fisión, obvio es decírselo a ustedes, produce calor, el cual a su vez vaporiza los gases que impulsan a la nave, si lleva combustible propio, o bien los calienta, si se trata de aire atmosférico, impulsándolos con tremendo empuje a través de los chorros. Pues bien, ¿qué ocurrirá si aceleramos esa reacción hasta hacerla instantánea, de modo que el mineral escindible contenido en el reactor libere toda su energía de una vez en lugar de hacerlo da modo gradual y paulatino como hasta ahora sucede?

Las palabras de Sean dejaron sin habla a sus dos acólitos. Shaffer y el piloto se miraron atónitos, estupefactos. A ninguno de ellos se les había ocurrido aquella idea, tan genial precisamente por su misma sencillez.

—¡Diablos!—exclamó a media vez el piloto—. Eso no se me hubiera ocurrido a mí nunca.

Shaffer se rascó la cabeza con aire meditabundo.

—No, si ya lo decía yo que el coronel es un tipo de una pieza... Bueno, ¿y cuándo comenzamos, señor?

—Ahora mismo — replicó con firme acento Sean—. Vayan hacia el cohete y empiecen a desarmar el motor nuclear. He hablado con Kelmar, quien les proporcionará los hombres que necesiten para

ayudarlas en la primera fase. Incluso llevarán trajes aislantes contra las radiaciones, que ya se están fabricando por orden del Supervisor. Excaven una piscina y llénenla de agua; en tanto no se instale el reactor en el punto donde pienso ha de hacer explosión debe estar bajo el agua para reducir al mínimo la contaminación radioactiva.

— ¡A la orden, señor! —dijo Shaííer.

Los dos hombres salieron con vivo paso de la estancia, llenos sus ánimos de un inquieto interés por la aventura que iban a emprender. Sean, y Ianthe se quedaron entonces solos en la estancia, pero el primero, súbitamente desalentado, se sentó de pronto en un sillón, ocultando la cabeza entre las manos.

La muchacha se sentó a su lado, mirándole durante un buen rato en silencio.

—¿Qué te ocurre. Sean? — inquirió más tarde.

—Nada de particular, Ianthe.— contestó él, levantando la cabeza y tratando de sonreir.

Los ojos de la joven denotaron la tristeza que sentía en aquellos momentos.

—No dices la verdad, Sean —ESPó—. Estás preocupado por algo... y quieres ocultármelo. ¿Por qué? ¿No me estimas digna de tu franqueza... acaso por haber nacido en un mundo distinto al tuyo?

— ¡No!—protestó vivamente el coronel—. No es eso, Ianthe....sino...

—Habla, Sean — le urgió ella—. Sea lo que sea, por dañino que pueda resultar para mí...

El joven se apoderó bruscamente de una de las esbeltas manos de Ianthe, oprimiéndola con nerviosa fuerza.

—No digas eso, por favor, Ianthe. Es... es... Oh, ¿por qué se me habrá ocurrido esa maldita idea de la bomba?

—Es un arma muy poderosa, ¿no?

Sean asintió en silencio.

—¿Proscrita acaso, en vuestro mundo?

—-Prácticamente, sí, aunque su prohibición estriba, más que en un pacto o tratado entre las naciones de la Tierra, en su mismo poder, que hace temer a todo el mundo ser el primero en utilizarla, dado que la réplica inmediatamente del agredido daría como resultado su propia muerte, total, absoluta. Y esta bomba que he planeado es solamente una de las más pequeñas; hay otras, de un poder infinitamente superior que estremece solamente con pensar en sus efectos.

Hubo una pausa.

—Lo cual quiere decir — ESPó suavemente la muchacha—, que ahora te resistes a utilizarla, pensando en el infinito número de muertos que vas a causar, ¿no?

El coronel contestó en voz baja:

—Así es, Ianthe.

Ella le expuso:

—¿Y no piensas también en la desgracia que sería para nosotros si Khywar asaltase el poder? ¿No piensas también en los millares de inocentes que, sin duda, combatiendo contra aquel ambicioso, morirán por defender nuestras vidas y nuestra actual, libertad? ¿No es mejor 'siempre, por muy doloroso que pueda parecer, que mueran los culpables en lugar de los inocentes?

Sean movió la cabeza afirmativamente, después de un breve silencio.

—Es cierto -— musitó —, pero, a partir de hoy, mi nombre quedará ligado de modo imperecedero con la primera bomba atómica que, justa o injustamente, estalló en Marte.

—Millones de personas lo bendecirán porque las salvaste de la muerte y de lo que acaso es peor aún, la esclavitud más abyecta, Sean. Acaso los remordimientos, injustificados de todo punto, dada la situación en que nos hallamos, te acompañen, como una pesada carga, durante el resto de tus días, pero... ¿me querrías a mí, Sean, para ayudarte a llevar esa carga?

Las palabras de la muchacha emocionaron por completo al terrestre, quien, sin poderse contener, incapaz de ESPar una sola frase, tomó una de las manos de Ianthe y la besó con fervorosa pasión.

## CAPÍTULO X

SEAN O'Fallon concluyó de ajustar los últimos y delicados circuitos que, acelerando la fisión en el reactor nuclear, iban a convertir a éste en una poderosa bomba atómica, con la cual esperaba derrotar, de un solo golpe, al ejército atacante, cuya invasión, según informes recibidos en la Supervisión, no podía hacerse esperar mucho.

A casi mil metros de distancia, más abajo, estaba el suelo. Protegidos por gruesos trajes aislantes, cuya fabricación había sido posible merced a los maravillosos adelantos científicos de los marcianos, Sean y sus dos improvisados ayudantes, Shaffer y el piloto, estaban dando los últimos toques al reactor, instalando el mando de control remoto por radio que, en el momento deseado, lo convertiría en una potente bomba atómica que arrasaría todo cuanto estuviese en varios kilómetros a la redonda.

La bomba estaría suspendida del techo de la caverna, colocada sobre una plataforma volante, la cual, a su vez, para evitar posibles fallos en su mecanismo suspensor automático, estaba colgada por cuatro gruesos cables metálicos, que excluían así la posibilidad de que el mortífero artefacto cayera al suelo, destrozándose sin estallar tan siquiera, con lo cual el último recurso para la defensa de Didyos se hubiera echado a perder.

No muy lejos de ellos, en un plano ligeramente inferior, varias plataformas volantes, todas ellas con varios guerreros armados con anacrónicos arcos y flechas, vigilaban cuidadosamente las entradas de los túneles por donde se suponía iban a venir los atacantes Sean no había querido correr ningún riesgo y los había colocado allí para evitar cualquier incidente que hubiera turbado su labor.

Cuando al fin estuvo ésta terminada, los terrestres pasaron a la plataforma adyacente, en la cual pensaban emprender el regreso a Didyos, cuya distancia la hacía invulnerable a los devastadores efectos de la explosión. Probado el mecanismo detonador por el emisor que había llevado consigo y que era el que serviría para hacerla estallar en el momento deseado, ya no les quedaba por hacer otra cosa que retirarse de allí.

En el mismo momento, Sanders lanzó un agudo grito.

—¡Coronel, los nuestros huyen!

Sean miró hacia el punto indicado, dándose cuenta de que las plataformas de vigilancia retrocedían apresuradamente, no sin que sus ocupantes dispararan encarnizadamente sus flechas contra

media docena de navecillas enemigas que habían surgida de ambos túneles.

—Debe ser la vanguardia exploradora — comentó fríamente, y sin más, se inclinó, tomando el fusil que había llevado a prevención —. Debemos impedir que lleguen hasta aquí. Hemos de alejarnos un poco de aquí y despojarnos de nuestros trajes aislantes; de lo contrario, no podremos disparar a gusto.

Así lo hicieron, colocándose a unos cien metros de distancia del reactor, pero de tal forma que impidieran el paso a las naves atacantes Apenas estuvieron éstas a tiro, Sean rompió el fuego.

El segundo disparo alcanzó de lleno a un avión que, falto de gobierno, se precipitó hacia el suelo, estrellándose con todos sus ocupantes con sordo fragor Otro más corrió su misma suerte, y entonces los restantes iniciaron una prudente retirada que los puso momentáneamente fuera del alcance de los rifles.

Sean se impacientó. Si la situación se prolongaba, corrían el riesgo de quedar allí, siendo envueltos por el grueso de la fuerza atacante, en cuyo caso su esfuerzo resultaría por completo inútil

Viendo, pues, que el tiempo pasaba estérilmente, decidió recurrir a una argucia.

— ¡Vámonos de aquí!— ordenó, y Sanders, con el asombro pintado en su rostro, obedeció.

La plataforma tomó la ruta de Didyos, encaminándose hacia el túnel que conducía a la ciudad. Pero, en vez de seguir adelante, una vez doblada la curva que los escondía a la vista de sus enemigos, Sean dio la orden de detención.

—Es usted un zorro, señor — dijo Shaffer, con mal disimmada admiración. Sean, atento al reloj da pulsera, no contestó.

De pronto, dio una voz;

— ¡Sanders, adelante a toda marcha!

El piloto comprendió lo que se quería de él y, aunque la plataforma no estaba construida para navegar a grandes velocidades, procuró, empero, obtener el máximo de rendimiento de ella. Así en contados segundos, aparecieron nuevamente a la vista de sus enemigos, en el preciso instante en que éstos caían ya sobre el reactor nuclear. Ignoraban lo que era, pero presentían, y no sin razón, que se trataba de un arma formidable. Las bocas de los Magnum se incendiaron súbitamente, lanzando ráfaga, tras ráfaga de aquellos proyectiles, de demoledores efectos, contra los cuales el sencillo metal de que estaban construidos los aparatos voladores de Khywar eran nula protección. Alcanzados de lleno, facilitada además su tarea por el agrupamjento que habían ejecutado en el

último minuto, la tarea de derribarlos resultó relativamente fácil.

Todos se estrellaron.

Solamente quedó un aparato útil, cuyos ocupantes, llenos de pavor, huyeron a toda prisa, perseguidos por los últimos disparos de Sean y sus hombres. El coronel, a través de los prismáticos de que se había provisto en el inutilizado cohete, contempló la fuga del avión, hasta convencerse de que iba a tardar bastante rato en volver.

Poco más tarde emprendieron la retirada hacia Didyos. Pero no llegaron a la ciudad, sino que se quedaron a un punto situado a unos veinte kilómetros del lugar donde se hallaba el reactor, y en donde habían ordenado les esperase una plataforma, en la cual habían instalado los radares del cohete, con el fin de detectar la llegada de la flota invasora con la suficiente antelación.

Todo estaba preparado.

La plataforma auxiliar había quedado en el suelo, lugar a donde llegarían muy atenuados los efectos de la terrible explosión que se sucedería en el momento oportuno. Pero, cuando Sean, y sus compañeros estaban a punto de aterrizar, vieron que les aguardaba alguien con quien no habían contado.

El coronel frunció el ceño.

— ¡No debías haber venido hasta aquí; Ianthe —dijo, de no muy buen humor.

La muchacha le miró ansiosamente.

—No podía estar tranquila lejos de ti, Sean. Hasta que todo haya acabado no disfrutaré de un sólo momento de paz y reposo.

—Eso está bien — comentó Sean, muy satisfecho interiormente, pero procurando no demostrarlo—. Sin embargo, sigo opinando que este no es el lugar más apropiado para una mujer.

—El lugar más apropiado para una mujer es aquel donde se encuentra el hombre a quien ama— repuso ella, sencilla pero apasionadamente, mirándole con ternura.

Sean se puso colorado hasta las orejas. Shaffer dio un codazo en el estómago al piloto, el cual, sin poderse contener, emitió una interjección falta por completo de academicismo.

—La tiene loquita, vamos — comentó el auxiliar con todo descaro —. Por cierto, que ayer vi en el palacio del Supervisor una rubia que...

— ¡Ejem!—cortó el coronel y un tanto turbado—. ¿No sería mejor que vigilaran la pantalla del radar?

Shaffer asintió, arrodillándose al lado del detector, cuya antena

giraba incesantemente sobre su cabeza. En la verdosa pantalla cubierta a medias por una especie de «capot» oscurecedor, no se veía el menor detalle que pudiera indicar la proximidad del enemigo.

Así transcurrieron varias horas en lenta y exasperante monotonía, que enervaba los nervios de todos cuantos allí se encontraban. Shaffer, relevado de la vigilancia del radar, descabezó un sueñecito, en tanto que Sanders no apartaba ni por un momento las pupilas de la pantalla.

Salvo el leve zumbido de la antena del radar al girar sobre el poste sustentador, el silencio era absoluto. Sentados a un lado, Sean y Ianthe se comunicaban sus más íntimos pensamientos. ESPando sin hablar. La muchacha empezaba ya a dar también señales de fatiga, a pesar de que trataba de disimularla heroicamente.

De pronto, un agudo grito conmovió la atmósfera, poniendo sobre alerta a todo el mundo.

— ¡Ya están ahí! ¡Coronel, venga y mire!

De un salto, O'Fallon se acercó a la pantalla, escrutando unos momentos, de modo ansioso, la infinidad de puntitos luminosos de brillante color amarillento que relucían sobre el vidrio deslustrado a cada giro de la antena.

No tardó mucho en tomar Una decisión.

— ¡Atrás todos! Alejémonos cuanto podamos del centro de explosión.

Las plataformas empezaron a retroceder con relativa lentitud, en tanto que Sean, con los potentes prismáticos ante los ojos, avizoraba el espacio, aguardando el momento oportuno. Sanders estaba ante el radar, dando cifras en voz alta, en tanto que Shaffer, en la otra plataforma, que volaba en conserva con su compañera, tenia la mano sobre el mando de contacto remoto, aguardando solamente la orden definitiva.

A través de los prismáticos, Sean vio claramente una infinidad de puntitos brillantes, cada uno de los cuales era un avión enemigo, que, volando en cerrada formación, salían de los túneles en espesas bandadas, encaminándose hacia el que conducía a Didyos. Al coronel le hubiera gustado dejarlos pasar un poco más adelante, con el fin de coger al ejército enemigo de lleno, en su centro, pero no podía arriesgarse a que algunos de los hombres de Khywar desarmaran su bomba o, cuando menos, se contentaran simplemente con arrojarla al suelo desde arriba, cosa que únicamente serviría para destrozarla sin causar su estallido. Lo único que podía provocar éste era una orden y Sean la dio.

—¡Vuélvanse todos de espaldas! ¡Shaffer!

— ¡A la orden, señor!

Sean aguardó todavía unos instantes. Se cercioró de que la masa principal estaba ya al alcance de su bomba, y entonces, dando media vuelta, dejó caer los gemelos sobre su pecho al mismo tiempo que gritaba:

—*¡Fuego!*

«Sean había advertido a todos, por carecer de gafas apropiadas, que en el momento en que diera la orden, se cubrieran los ojos con el brazo. A pesar de todo, el feroz fogonazo de la bomba ¡fue claramente percibido por todos cuantos allí estaban.

Todavía le duraba en las retinas aquel brutal chispazo de luz cuando Sean volvió a lanzar una nueva orden. ESPando con toda la potencia de su mente.

— ¡A toda velocidad, pronto!

Las dos plataformas desarrollaron el máximo de su marcha, que no podía ser mucha, pero siempre resultaba conveniente alejarse cuanto pudieran del centro de la explosión. La onda expansiva, en un lugar normal, no debiera alcanzarles apenas, pero allí debían tener en cuenta el túnel, el cual, pese a su desmedido diámetro, haría el efecto de un cañón con el viento desplazado por el fenomenal estallido.

Cogiendo por el talle a Ianthe, Sean se volvió.

Y los ojos de ambos enamorados contemplaron un imborrable espectáculo.

A unos veinticinco kilómetros de distancia, una horrenda nube de gases incandescentes, subía y bajaba en continua y mortífera ebullición, llenando con su masa todo el ámbito de la plaza donde confluían los túneles, y empezando a desbordarse de aquella. Un suave rumor llegó a los oídos de los espectadores, rumor que al segundo siguiente se transformó en una espantosa detonación, de ronco tono y graves resonancias, amplificada por la enorme bóveda de piedra.

Un minuto más tarde, Sean hizo detener las plataformas. En el suelo, tendidos todos, soportaron el impacto de la onda de concusión, que si no fue lo suficientemente grave para causarles daños de importancia, sí les molió el cuerpo con su fenomenal soplido, al cual se unieron algunas piedras que provocaron más de una gruesa interjección de Shaffer.

Y, cuando todo hubo pasado, cuando se hubieron cerciorado de que la destrucción del ejército de Khywar había sido absoluta,

emprendieron el regreso a Didyos.

*   *   *

Encontraron a Minerva Dulles y a Kelmar en una amplia estancia del palacio y, tras comunicarles las buenas noticias de que eran portadores y congratularse unos y otros del éxito alcanzado, Ianthe ESPó una pregunta.

—Y bien, ahora que está todo concluido, ¿qué pensáis hacer?

Minerva fue la primera en contestar;

—Yo me quedo aquí — dijo, de modo harto inequívoco, pues sus ojos estaban firmemente clavados en el rostro de Kelmar.

Ianthe miró entonces a Sean. Éste inclinó la cabeza.

—Yo... supongo que tendré que volver a la Tierra... Habré de dar cuenta del resultado de mi expedición... pero te prometo volver inmediatamente, Ianthe — concluyó con pasión.

—¿Y por qué no encarga usted del mando de la expedición de regreso al mayor Vultee? — sugirió Shaffer—. Ya volverá usted a la Tierra... en viaje de novios — sonrió picarescamente, haciendo enrojecer a los dos enamorados.

—Considero difícil que ninguno de los terrestres vuelva a su mundo de origen — dijo, de recente, una voz, en medio de la sorpresa de todos cuantos allí se encontraban.

— ¡Khywar!—exclamó Kelmar, atónito, estupefacto, contemplando ante sus ojos a su mortal enemigo.

Sin hacer el menor ruido, tan silenciosamente como una serpiente, Khywar, acompañado por dos de sus hombres, todos armados con aquellos poderosos arcos que rebasaban de sobras la altura de un hombre, se habían introducido en la estancia, amenazándolos de tal forma que ninguno osó moverse.

El gigante soltó una estruendosa y burlona carcajada.

—Creíais que Khywar era tonto, ¿verdad? —exclamó, enormemente satisfecho de su ardid—. Sí, es claro; eso es lo que pensasteis. Y no estuvo mal la cosa del todo, porque he de reconocer que habéis hecho una mortandad entre los míos. Pero en tanto éstos volaban hacia aquí por una parte, yo, modestamente, sin el menor aparato, venía por la otra, cosa que a nadie se le ocurrió, y en virtud de la cual, nadie tampoco me puso el menor impedimento para llegar hasta aquí.

Kelmar, procurando conservar la serenidad, se adelantó un paso.

—¿Qué es lo que piensas hacer, Khywar?

En los ojos del gigante brilló una chispa de ferocidad.

—Matarte a ti y a todos tus amigos, con lo cual el camino me quedará expedito para hacerme con la Supervisión. De tcdos cuantos estáis aquí, solamente vivirá una persona... la cual, con su compañía, me ayudará a conllevar la pesada carga que trae consigo el desempeño del enojoso cargo de Supervisor. ¿No os imagináis cuál es?

Ianthe, de modo instintivo, se apretó contra el pecho de Sean, quien le rodeó los hombros con el brazo, protectoramente. Khywar rio de nuevo insolentemente.

—Poco tiempo te queda de vida, terrestre — dijo—. Antes de un minuto...

Sean buscó con la mirada un arma, hallando demasiado lejos su rifle, el cual había depositado junto a la pared al llegar a la habitación. Antes de que pudiera dar dos pasos, Khywar lo atravesaría de un flechazo, sin darle la menor opción para defenderse.

—Va el primero — anunció el gigante, con siniestro acento, levantando el poderoso arco. Tenia la muesca de la vira en la cuerda y sus músculos se hincharon al tirar de ésta hacia atrás.

Pero en aquel momento, Minerva lanzó un agudo grito:

— ¡No, no! ¡Por favor...!

¡Zing!

El alarido de la joven se confundió con el gemido de la cuerda al distenderse, soltando la flecha con terrible ímpetu. Después, el grito perdió su intensidad, transiormanaose en un sollozo apenas perceptible.

En el momento en que Khywar soltaba su flecha, Kelmar alargó sus manos, atrayendo hacia sí a la muchacha, con intención de empujarla a un lado en el movimiento siguiente, pero ya era demasiado tarde.

Aquellos arcos poseían una potencia terrorífica. La flecha, ímpulsada con enorme violencia por la cuerda, atrávezó los cuerpos de Minerva y Kelmar, quienes, casi en el acto, se desplomaron en el suelo, manchando el pavimento con un rojo charco formado por las dos sangres confundidas en el último y mortal pacto.

A gigante se sobresaltó un segundo ante aquella hazaña tan inesperada para él. Perdió la estabilidad de sus nervios un segundo, lo mismo que sus esbirros, y aqueuo les fue fatal.

Todo sucedió velozmente.

Todavía estaban cayendo al suelo Kelmar y Minerva cuando

Sean, lanzando un rugido de cólera, se avualaiizó sobr el rufián que tema más cerca. El marciano, asustado, disparó su flecha, pero ésta se perdió de modo inofensivo hacia el techo. Sean cayó sobre él y un solo puñetazo fue bastante para dejarlo exánime en el suelo.

En el mismo instante, una detonación estalló atronadoramente en la habitación. El fusil de Shaffer dejó oír su grave voz y el segundo esbirro, alcanzado de lleno por el terrible proyectil, fue empujado a un lado, casi partido en dos, muerto antes siquiera de tocar al suexo.

Pero aún quedaba en pie Khywar, quien, con ferocidad inimaginable, se disponía a soltar otra flecha, ésta en dirección a Sean, el cual, arrodillado a medias, miraba a su enemigo, sabiendo que no podía hacer otra cosa que aguardar la muerte que adivinaba inminente.

El cerrojo del fusil de Shaffer crujió a sus espaldas. Pero el disparo no estalló.

La flecha de Khywar rebotó inofensivamente, con metálico sonido, contra el sueio. El gigante se tambaleó, soltando un segundo después el gigantesco arco.

Asombrado, Sean se puso en pie. Vio que la garganta de Khywar estaba atravesada de parte a parte por una flecna, cuya procedencia ignoraba. El marciano se mantenía todavía un interminable segundo en pie y luego, con una última mirada de infinito odio, con un último y atroz ronquido, se desplomó al suelo.

Nadhek apareció un instante más tarde, con un arco en la mano. En su rostro se reflejaba una profunda mirada de pesar por haber llegado unos momentos tarde. Pero nadie, apenas, le hizo caso; la atención general estaba centrada en Kelmar y Minerva, por quienes, desgraciadamente, ya no podía hacerse nada.

Habían muerto juntos, tal como hubiesen querido vivir.

Ei viento silbaba lúgubremente, levantando rojos remolinos de arena del desierto contiguo al Gran Canal. No era éste uno de los mayores de Marte, pero así había sido llamado desde un principio, y así, con dicho nombre pasaría después a la historia y a la geografía.

A un kilómetro de distancia del canal, un obelisco se alzaba en la llanura, cortando con su vertical traza la horizontal monotonía del paisaje. Hacia él, pocos días más tarde, se encaminaba una silenciosa comitiva, en la cual había seres de ambos planetas.

En cabeza de la comitiva iban dos ataúdes, sostenidos por terrestres y marcianos, sin discriminación, y escoltados por sendos pelotones de guerreros marcianos, arma al, brazo y las cabezas inclinadas al suelo, caminando con lento paso, agobiados por el

dolor.

Después, Sean y Ianthe seguían a los féretros, al frente de la silenciosa multitud que había querido, de tal manera, testimoniar su afecto a los dos seres que habían perdido su vida a manos de un ser atacado de vesánica locura. Kelmar y Minerva no habían tenido tiempo apenas de amarse, pero ahora estarían juntos, unidos por toda una eternidad, no solamente en la fría profundidad de su tumba, sino en la mente de todos cuantos habían vivido aquel trágico momento y de las generaciones que les sucedieran indefectiblemente con el paso inmutable de los siglos.

Se detuvieron ante la tumba.

Un sordo rumor, un cántico monorrítmico se elevó de la multitud cuando los dos ataúdes, al fin, fueron descendidos al fondo de la sepultura, la cual quedó cubierta, por una gruesa losa con dos nombres de persona y dos de planeta: Kelmar y Minerva; Tierra y Marte.

Las cuatro palabras estaban entrelazadas.

Aquél era el primer paso para un pacto entre ambos mundos, los cuales, si habían vivido durante siglos distantes entre sí, ahora, en lo sucesivo, vivirían unidos estrechamente por la sangre de aquellos dos seres que se había mezclado de modo tan generoso y sublime en los últimos instantes de sus vidas.

La losa quedó al fin en su sitio. El cántico cesó y la multitud empezó a dispersarse. «¡Adiós, noble príncipe! ¡Adiós, hermosa Minerva!» El drama había tocado a su término.

El viento pareció ponerle punto final con un largo, fúnebre quejido que se fue extendiendo lentamente por la infinita llanura,

* * *

El segundo paso para el pacto fue dado por Sean y Ianthe.

Días más tarde, el coronel, al borde casi del Gran Canal, entregaba el mando de la expedición al mayor Vultee.

— Regrese a la Tierra, mayor — dijo—. Yo me quedo aquí. En esta carpeta lleva usted una relación completa de los hechos acaecidos durante nuestra, estancia en Marte. Sinclair, ya casi repuesto, le acompañará a usted…

— ¡Ni hablar, coronel! — saltó impulsivamente el aludido—. ¡Pues no tengo yo pocas cosas que ver todavía aquí! ¡Si me perdí lo mejor de todo a causa de mi maldita pierna!

O’Fallon sonrió comprensivamente.

—Es usted un civil, Sinclair; haga lo que quiera.

—Y usted un militar, señor — objetó Vultee respetuosamente —. ¿No cree que su conducta pueda acarrearle algún disgusto?

— ¡Je!—rio Shaffer—. ¿Y quién se mete en la Tierra con el marido de la Supervisora? ¿A dónde iría a parar la política de buena vecindad... interplanetaria?

Sean y Ianthe permanecieron allí hasta el despegue del cohete. No se movieron hasta que lo vieron convertido en un puntito obscuro, del cual salía la blanca chispa de los chorros, y luego desaparecer en las alturas. Entonces, en silencio, se acercaron al borde del canal.

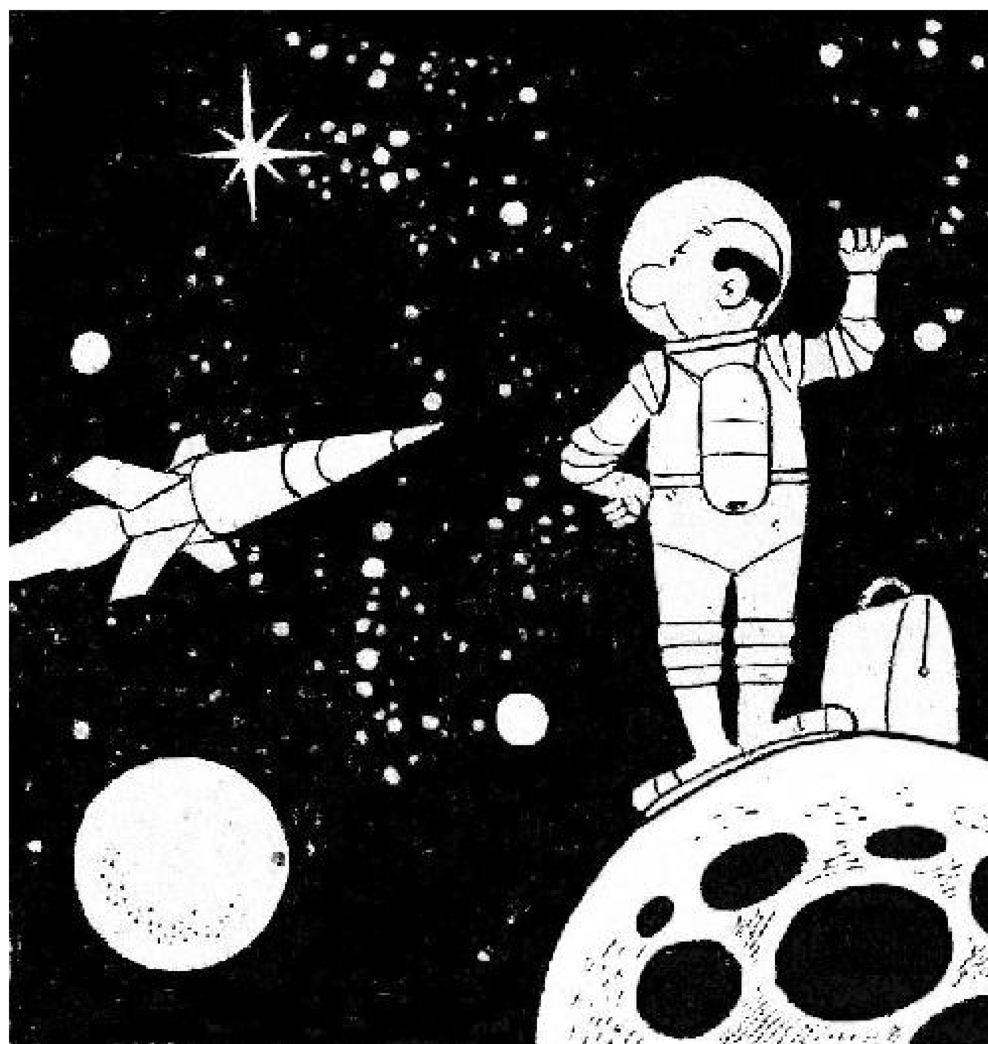
El deshielo se acentuaba de día en día. La imagen de los dos enamorados se reflejó en las quietas aguas, apenas movidas por alguna diminuta ola provocada por la casi imperceptible corriente que transportaba el líquido vital a todos los diques colectores de los subterráneos.

Ianthe y Sean se contemplaron mutuamente con infinita ternura. Si Kelmar y Minerva habían establecido el primer pacto con su sangre entre las gentes de ambos planetas, ellos establecían el segundo con su amor, un amor duradero, imperecedero.

Y ahora, el viento, rizando levemente la superficie de las aguas del Gran Canal, pareció entonar una maravillosa sinfonía de fe, amor y esperanza.

# FIN

# NUESTROS RECORDATORIOS CON SONRISA



## ESPACIO STOP

*Americanos y rusos frente al IV Reich, en una guerra sin cuartel que tiene por escenario un planeta muerto: la Luna.*

# Un mundo muerto

Una emocionante aventura narrada por RED ARTHUR, el escritor más audaz en el género de science-fiction.



# Colección SEIS TIROS

Y en cada bala un mensaje de muerte y exterminio

# Colección SEIS TIROS

Y en cada disparo un hito sangriento en la pugna cruel de encontradas ambiciones

# Colección SEIS TIROS

Si no ha leído todavía ningún volumen de esta impresionante colección.., ¡HÁGALO AHORA MISMO!

Después de hacerlo sólo lamentará una cosa:

HABER DESPERDICIADO SUS MOMENTOS DE OCIO SIN HABERLOS LLENADO *DE* LA AMENA ATRACTIVA Y VERDADERAMENTE INTERESANTE LECTURA DE SUS VIBRANTES PÁGINAS.

# Colección SEIS TIROS

¡Esto es precisamente lo que usted debe adquirir!



¡UNA HISTORIA DE GUE-

RRA RELATADA EN EL

CRATER DE UN OBUS!

# EL AGUJERO

Por

**MICHEL TAURIAC**

Gran

Premio
Literario
de
Indochina

La historia de un grupo de adolecentes sumergidos en el rugiente agujero de la guerra, con los pies en el barro y la mirada en las estrellas.

# EL AGUJERO

Un relato de guerra distinto a todos. Un argumento lleno de poesía y sensibilidad, con escenas de crudo realismo y patética emoción, que tiene como fondo la trágica epopeya de las fuerzas francesas en Indochina.

250 páginas formato 13'5 x 20'5
**Precio: 60 ptas.**

Pídalo en todas las librerías y a

EDICIONES TORAY, S. A. - Teodoro Llorente 13

BARCELONA

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

1. — Policía sideral. — *Clark Carrados*
2. — Invasores de la Tierra. — *Johnny Garland*
3. — Extraños en la Luna. — *Eduardo Texeira*
4. — Un yanqui en la corte del rey Marciano. — *Law Space*
5. — El planeta perdido. — *Louis G. Milk*
6. — El oro de las estrellas. — *Clark Carrados*
7. — La guardia del tiempo. — *Louis G. Milk*
8. — Vampiro estelar. — *H. S. Thels.*
9. — Guerra telepática. — *Law Space*
10. — La guerra de los asteroides. — *Clark Carrados*
11. — Al final del cosmos. — *Law Space*
12. — Satélite artificial. — *Johnny Garland*
13. — Intriga en la Galaxia. — *Louis G. Milk*
14. — Ultrametrópolis. — *Law Space*
15. — ¡Mutaciones!. — *H. S. Thels.*
16. — Viaje al centro de Plutonia. — *Clark Carrados*
17. — Persecución en la órbita. — *H. S. Thels.*
18. — El país de los «robots». — *Clark Carrados*
19. — Atentado en el tiempo. — *Law Space*
20. — Pantanos de metal. — *Clark Carrados*

21. — Operación Selene. — *Sylvester Strange*
22. — Los trabajos de Kabé. — *Clark Carrados*
23. — Mundos silenciosos. — *Johnny Garland*
24. — El zoo infinito. — *Clark Carrados*
25. — Microcosmos. — *Law Space*
26. — El trovador de la Galaxia. — *Clark Carrados*
27. — Andrómeda ataca. — *Clark Carrados*
28. — El hombre que nació mañana. — *Johnny Garland*
29. — Objetivo: La luna. — *Fel Marty*
30. — Pacto en el gran canal. — *Clark Carrados*



Escena de SATÉLITE EN EL CIELO,
de Warner Bros. Cinemascope.

Precio en España: **6.- ptas.** En Argentina: **4** pesos

# Notas

[←1]

Iniciales de Greenwich Merididian Time, o tiempo medio de Greenwich.

[←2]

Pobos da la vuelta en torno a Marte en 7 h. 30 m. G. M. T. (N. del A.)

[←3]

Secuestro.